CAZADORAS 1

Iris Boo



Una nueva pupila

Una nueva pupila

Serie Cazadoras 1

Iris Boo

Una nueva pupila
Serie Cazadoras 1
1ª edición: junio 2026
© Iris Boo

Diseño de cubierta: M.A, Muñoz
Imágenes: Unsplash/pixabay

Iris Boo
Cantabria, España
iris.boo.writer@gmail.com
www.irisboo.es

ISBN :

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Una nueva pupila

Serie Cazadoras 1

Prólogo

El corazón parecía que me iba a saltar fuera del pecho, pero no era malo; darle una sorpresa a mi novio nunca podría serlo. En vez de regresar al campus el domingo como tenía previsto, estaba haciéndolo el sábado por la noche.

Mis pies volaban mientras me acercaban al edificio de los Omega Zeta Phi, la fraternidad de Ray. Si mi antiguo profesor de educación física me hubiese visto en ese momento esquivando a la gente que abarrotaba la calle, seguro que me habría puesto un sobresaliente. No solo estaba zigzagueando entre universitarios que bailaban o estaban ebrios, o a punto de estarlo —algunos, todo al mismo tiempo—, sino que tenía que evitar chocar con algún vaso de bebida. Es lo que tienen las fiestas de las fraternidades, hay un descontrol total dentro y fuera del edificio.

Encontrar a Ray iba a ser complicado, porque nadie sabía dónde estaba nadie en una fiesta de fraternidad. Revisé toda la planta inferior, pero no lo encontré. Al final, alcancé su habitación, la que compartía con un tal Walter. Al abrir la puerta encontré las luces apagadas, y por fortuna, a nadie dentro dándose el lote. Eso ocurre mucho en este tipo de fiestas.

Cerré la puerta para dejar el ruido fuera y me acerqué hasta el escritorio de Ray. La de tiempo que habíamos pasado allí los dos repasando apuntes y estudiando para los exámenes. En su fraternidad eran más flexibles con la presencia de estudiantes de otros sexos a horas tardías, no como en mi residencia. Por eso solíamos alternar el lugar de estudio, dependiendo de nuestras necesidades.

Oí un golpe contra la puerta y risas femeninas. No tendría que haberme asustado, pero me puso nerviosa oír que manipulaban la cerradura para abrir la puerta.

—Voy a comerte entero. —¡Mierda! Si me pillaban allí sola, curioseando entre las cosas de Ray, tendría que dar muchas explicaciones.

Con una agilidad que emulaba a la de un gato, me escondí dentro del armario. La puerta del lado de Ray siempre estaba abierta, porque era un desastre. Su compañero Walter sí que era un maniático del orden, incluso tenía ordenadas sus camisas por colores.

—Quítatelo todo. —¿Aquella voz era la de Ray? No, tenía que estar confundida, él no podía…

Me acerqué a la puerta del armario, para poder ver entre las lamas horizontales lo que ocurría a escaso un metro de distancia, justo a los pies de la cama.

—¿Quieres verme las tetas? —¡¿Diana?!, ¡esa era Diana! Ella y Ray… No podía ser, esto no podía estar pasando.

—Sabes que me encantan. —Ray se acercó a los dos enormes orbes para estrujarlos en sus manos en cuanto quedaron liberados de la ajustada camiseta de Diana.

—Espera, tengo que quitarme el sujetador. —Incluso el reproche sonó demasiado sensual.

Cuando la prenda liberó del todo los pechos, Ray los atrapó con avaricia.

—¡Dios!, tienes unas tetas prodigiosas.

—Y tú un rabo muy juguetón. —Diana aferró la cintura de los pantalones de Ray, para tirar de él y poder acariciar mejor el bulto que estiraba la tela de sus pantalones.

Ray besó la sucia boca de Diana sin dejar de masajearle una teta. Estos dos estaban demasiado centrados en sobarse a conciencia el uno al otro. Tenía que irme de allí, pero no podía escapar de aquel armario, porque me pillarían, y tampoco era capaz de apartar la vista de lo que estaba presenciando, porque era la constatación de que Ray me estaba engañando con otra chica. Lo único que me faltaba era presenciar la traición de mi novio y mi compañera de habitación, y encima ser sorprendida espiándolos.

—¿Esta vez vas a chupármela? ¿O esa caricia solo se la haces a Jack? —Esa era otra. Se suponía que Jack y Diana tenían una relación. Aunque visto lo visto, parecía ser que el único que entendía que era exclusiva era el pobre *running back* de los Columbia Lions.

—Depende, ¿tú vas a hacerme un *cunnilingus* como los que hace él*?* —Le había oído decir, más de una vez, que estaba orgullosa de cómo había enseñado al pobre paleto de pueblo a hacer esa delicada práctica sexual. Según decía, el chico había tardado, pero se las apañaba bastante bien. Diana nunca se había cortado a la hora de pedir lo que quería en el sexo, y si no alcanzabas el nivel, te mandaba de paseo sin compasión.

—Lo que voy a hacer es ponerte a cuatro patas, darte unos azotes y metértela hasta el fondo, que sé que es lo que te gusta. —No, a Diana le gustaba un *cunnilingus* bien hecho, se lo exigía a todos sus amantes, y era la práctica sexual que más solicitaba, a ella no le iba…

—Cómo me conoces, canalla. —¡¿Qué?!

Diana se sentó en el borde de la cama, tiró del pantalón de Ray, le bajó la cremallera y le sacó el miembro para prestarle la caricia sexual que él había solicitado.

—Oh, sí. Nena, tú sí que sabes cómo hacerlo —gimió Ray.

No podía dejar de mirar la maestría y eficiencia con la que Diana metía y sacaba aquel pequeño mástil de carne de su boca, succionando como si disfrutase de un helado en un día de calor. Los gemidos entrecortados de Ray no solo indicaban que lo estaba disfrutando, sino que la chica estaba haciendo un gran trabajo.

Él me lo pidió una vez, pero me negué. ¡Diablos! No había estado con ningún chico antes, con él perdí mi virginidad, ¿y me pedía que le hiciese una felación? En ese instante supe que yo nunca le hubiese dado lo que quería, y quizás por eso estaba acostándose con Diana, porque había cosas que yo no sabía hacer y ella dominaba. ¿Cómo pude pensar que un chico con su bagaje se conformaría con lo que podía obtener de mí? Que acabase acostándose con Diana era culpa mía. Mi inexperiencia lo había empujado a sus brazos sin remedio.

Ray apartó a Diana y la alzó con rapidez para besarla con ganas. Después, le dio la vuelta, la empujó sobre la cama para que se pusiera a cuatro patas sobre el colchón, se colocó el preservativo con rapidez y, antes de penetrarla con una fuerte estocada, le dio un sonoro azote. La muy zorra gimió, como si le gustase. Yo nunca podría encontrar placer en que me golpeasen. En este juego siempre ganaría ella.

Con el escándalo que estaban haciendo estos dos en la habitación, entendía por qué Diana creía que era silenciosa cuando tenía encuentros sexuales con sus ligues en nuestra habitación mientras yo estaba dormida en mi cama.

Cuando llegaron al orgasmo, los dos gritaron como salvajes, sin dejarse nada dentro. Incluso Ray me sorprendió. Cuando teníamos sexo éramos más silenciosos, más comedidos. ¿Era eso lo que buscaba en Diana?

—Eres perfecta —dijo Ray mientras salía del cuerpo de ella.

—Podríamos hacer esto todas las veces que quisieras, no necesitaríamos escondernos de Didi si la dejases. —La respuesta a eso me interesaba, así que ni siquiera respiré esperando sus palabras.

—No puedo. —Ray se alejó de Diana y empezó a quitarse la poca ropa que le quedaba encima.

—¿Por qué no? —preguntó demandante ella. Ray le dio la espalda mientras se acercaba al sifonier, abría un cajón y cogía un calzoncillo limpio para ponérselo.

—Porque la necesito. Tengo que sacar la maldita carrera de derecho con una buena nota, si no, no me tomarán en cuenta en los Giants.

—Creía que tu padre era un pez gordo allí.

—No soy el único que quiere un puesto senior en el club. Una buena nota me aseguraría una mejor posición en la lista. —Le vi meter las piernas dentro de unos pantalones limpios, quizás con más brusquedad de la debida. Estaba claro que ese asunto le ponía de mal humor.

—Ahora entiendo qué vistes en esa mosquita muerta. —Diana se puso en pie, recogiendo su ropa de paso—. No me encajaba que un tipo de Omega Zeta Phi saliese con alguien como ella. —Mis manos se convirtieron en puños. Escuchar eso de su boca dolía. Sabía que no seríamos grandes amigas, pero al menos creía que manteníamos una relación cordial. Ahora descubría que me tenía por un parásito de la sociedad, un desecho.

Ray se acercó al armario, lo que me obligó a deslizarme rápidamente hacia el fondo para que no me viese. Si miraba abajo…

—No me importa esperar, porque sé que ella solo es un medio para conseguir un fin. —Las manos de Diana abrazaron el cuerpo de Ray

desde atrás, lo que provocó que él dejase de buscar una camisa entre las perchas.

—Solo dos trimestres y terminaremos el curso. En verano seré todo tuyo, como te prometí. —Ray se giró para mirar de frente a Diana y abrazarla de vuelta.

—El verano pasado también prometiste que serías mío, y cuando volviste fuiste derecho a por ella. —¿Cuánto tiempo llevaban juntos? Su traición no era solo cosa de una noche loca, era algo más prolongado.

—Solo lo que queda de trimestre y el de verano. Después tengo que convencerla para que haga el máster que me catapultará al puesto de abogado senior en los Giants, y cuando lo termine… —Lo dejó en el aire, como si le prometiese el cielo en ese entonces.

—Será mejor que te vistas, no quiero perderme la fiesta de ahí afuera. —Diana se giró, dándole la espalda a Ray, que aprovechó para darle un sonoro azote a su ya enrojecida nalga.

—Estás en mi fraternidad, nena. Siempre habrá alcohol del bueno para ti. —En otras palabras, al resto le daban del malo.

Esperé a que se vistieran y saliesen de la habitación. Poco después lo hice yo. Nadie se fijaría en mí cuando abandonase la fraternidad, nadie se molestaría en mirar a una mosquita muerta como yo.

Capítulo 1

¿Puede uno escuchar su corazón romperse? A pesar del ruido a mi alrededor, de la música, las voces, el jolgorio, yo podía escuchar cómo se iba resquebrajando con cada paso que me alejaba de aquella habitación. En mis oídos retumbaba un crujido atronador que se parecía tanto a la fractura de un glaciar. Era un sonido devastador, imparable, potente, una escalofriante advertencia de que aquel enorme trozo de hielo iba a romperse, y nada ni nadie podría impedirlo.

Sí, hielo. Porque ver aquello había convertido a ese pequeño y sensible órgano que se alojaba en mi pecho en un frágil y a la vez insensible trozo de hielo. Descubrir que era él, mi novio, el que estaba con otra chica en aquella habitación, besándola y… Aquello me dejó petrificada, congelada. Pero después, escucharle decir esas palabras sobre mí, sobre lo que teníamos… Fue como si me clavasen un punzón en el mismo centro del corazón.

Tenía que salir de allí, necesitaba encontrar un lugar donde poder esconderme y llorar. No me importaba que los demás asistentes de la fiesta me mirasen con gesto curioso. Me daba igual que se riesen de mi aspecto, pues las lágrimas seguramente habían dejado grandes marcas negras en mi rostro tras entrar en contacto con el rímel. Solo quería salir de allí, encontrar un agujero y esconderme dentro de él.

No tenía mucho que analizar, era fácil de entender: me había traicionado, mentido, utilizado y humillado. Fui una estúpida que se creyó todas sus mentiras.

No sé cómo lo hicieron, pero mis pies me sacaron de aquella fraternidad. Miré a mi alrededor. Había personas desperdigadas por el césped, charlando, bebiendo, riendo… Nadie se daba cuenta de que lo que me ocurría. Estaba rodeada de gente y a nadie le preocupaba lo que le había pasado a esa pobre chica de chaqueta demasiado grande.

Busqué un lugar vacío, cerca de un arbusto, donde pude sentarme, hacerme una bola y esconder el rostro entre las rodillas. Llorar era todo lo que tenía para desahogarme, llorar era lo único que podía hacer. Y lloré, durante un buen rato, hasta que sentí una mano en el brazo.

—¿Estás bien? —Alcé la vista para encontrar el rostro preocupado de un chico algo mayor que yo. Se había acuclillado frente a mí para poder estar a mi altura.

—Sí —le aseguré mientras retiraba las lágrimas de mi cara con la manga de la chaqueta. Ya me preocuparía de las manchas después.

—¿Estás segura? —insistió. ¿Qué podía decirle? No, no lo estoy, mi novio desde hace año y medio acaba de acostarse con mi compañera de habitación delante de mis narices. Pero eso a él no le importaba, tan solo era una inocente universitaria más a la que le habían destrozado el corazón, la vida.

—Vamos, Ty, está bien. —Alcé el rostro hacia la chica, me sonaba su cara, sí, la conocía, era… Sondra, la amiga de Diana.

Así que, si ella era Sondra, Ty tenía que ser el diminutivo de Tyler, el chico de oro. Yo no le había puesto el apodo, pero le quedaba bien. Era guapo a rabiar, justo lo que una chica con el rostro marcado con surcos negros necesitaba para subirle la autoestima.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó él sin hacerla caso.

—Didi —balbuceé.

—Bien, Didi. ¿Alguien te ha hecho daño? ¿Necesitas que te acompañemos a algún sitio? —Se le notaba realmente angustiado, y me sentí mal por preocuparlo.

—No, estoy bien —le aseguré. Me levanté, me sequé las lágrimas y traté de mostrar una imagen segura de mí misma, aunque realmente fuese imposible.

—¿Quieres que te acerquemos a algún sitio? —volvió a preguntarme. Estaba claro que no le había convencido demasiado.

—¡Ty!, nos están esperando —se quejó Sondra—. Dice que está bien. —Los ojos de Tyler me observaban atentos, esperando mi confirmación.

—Estoy bien. —Decirlo mientras me sorbía los mocos no es que apoyase mi causa, pero debió de ser suficiente, porque él asintió conforme.

—¡Ty! —lloriqueó Sondra, consiguiendo finalmente tirar de su brazo para obligarlo a seguirla.

No me quedé a esperar a que se arrepintiese y volviera a preguntarme si estaba bien, me puse a caminar de regreso a mi residencia. Con un poco de suerte no me encontraría con nadie conocido y no tendría que justificar mi estado. El día ya había sido lo suficientemente duro como para tener que repetir las demoledoras palabras que había escuchado de boca de Ray.

Ray, ¡maldito desgraciado!

Capítulo 2

El paseo hasta mi residencia me ayudó a tranquilizarme, al menos dejé de llorar. Mi madre siempre dice que tengo la mente analítica de mi padre, y que me centro con mucha facilidad en los problemas para buscarles solución. Pero no sabía cómo aplicarlo a mi situación actual. Lo que había sucedido no era un problema, no era algo que tuviese solución, no podía arreglarse.

Antes de cerrar la puerta de la habitación a mi espalda, ya tenía claro que no podía seguir con Ray. Si me acercaba a él, sería para clavarle alfileres en cada parte sensible de su cuerpo, empezando precisamente por esas en las que están pensando. Le dejaría como un puercoespín. Estrangularlo hasta matarlo no era una opción, no porque acabase con mis huesos en una prisión federal, sino porque él merecía sufrir. SUFRIR, sí, con mayúsculas, de verdad. Las personas que se aprovechan de otras más indefensas, vulnerables, tendrían que experimentar la impotencia de estar al otro lado.

Pero ese momento tenía que centrarme en mí misma, necesitaba sacar todo ese dolor de mi interior, y la mejor manera de exorcizarlo era contándoselo a alguien. Solo había una persona a quien podría abrirle mi corazón sin que montase una operación de captura y desmembramiento, alguien que solo me escucharía y me daría consuelo, y esa era Yumi. Mis padres quedaban totalmente descartados, precisamente por eso de ponerse en plan Rambo vengativo. Imaginar a mi padre con la cara pintada de camuflaje y un cuchillo enorme en las manos me hizo reír. No, era mejor que ellos no lo supieran.

Así que solo me quedaba Yumi. Nuestra relación comenzó al año de empezar a estudiar en Columbia. Mi madre nos presentó por petición

de su padre, que quería que su hija siguiese practicando el francés mientras estuviese en el país. Hay muchas maneras de hacerlo, lo sé, pero por razones obvias, el representante de Japón en las Naciones Unidas consideró que su hija debía practicar con alguien que tuviese un nivel muy alto, y que además le aportase ese extra de seguridad y confidencialidad que necesitaba la hija de un diplomático. Nadie mejor que la hija de la intérprete francesa. El que yo cursase derecho en Columbia les vino muy bien.

En fin, desde que nos conocimos, solíamos mantener largas charlas en francés, charlas que afortunadamente su padre no entendía. Yumi era una adolescente japonesa inmersa en la cultura americana, ¿de qué íbamos a hablar? Pues de chicos, moda y tendencias en las redes sociales, ¡ah!, y de manga. Por su culpa tenía una extraña fijación por Alita, la protagonista de *Gunnm: Battle Angel*. No voy a contar más, porque no quiero que me califiquen de friki.

Saqué mi ordenador portátil, lo coloqué sobre las rodillas y abrí una videollamada. Era tarde, pero ella seguro que estaría en su habitación, como cualquier otro sábado por la noche. Su padre era muy estricto con esas cosas, y la hija de un diplomático no debía ir de fiesta a lugares peligrosos. Solo algunos actos concretos y siempre con guardaespaldas. Por eso nuestras interacciones casi siempre eran online, pese a residir en la misma ciudad.

—*Moshi moshi* —saludó Yumi al otro lado. Se escuchaba música de BTS de fondo, así que supuse que estaría disfrutando de una fiesta para uno en su habitación.

—¿Tienes tiempo para charlar conmigo? —No pude evitar limpiar el líquido que volvía a escapar de mi nariz. ¡Porras!, ya estaba con la lágrima fuera.

—Sí, claro. —Ella se sentó más derecha frente a la pantalla y silenció la música—. ¿Qué te ocurre? —preguntó preocupada. Respiré profundamente antes de responder.

—He pillado a Ray acostándose con otra chica.

—*Otoko no kuso*. —Había aprendido algo de japonés gracias a ella, no solo íbamos a practicar francés, y sabía que eso era un insulto bastante fuerte, algo inapropiado en boca de una refinada señorita japonesa, pero totalmente oportuno en esa situación. Ray era un «excremento de hombre».

—Totalmente —concordé con ella.

—¿Quieres que mande a mi hermano? Tiene una *katana* y sabe cómo utilizarla. Restaurará tu honor con un corte limpio de los genitales de Ray. —Por su expresión, ella disfrutaría de ver ese sangriento espectáculo.

—No creo que eso fuese bueno para su carrera diplomática. —Takeshi estaba preparándose para algún día ocupar un puesto político como su padre. Tener una mancha como esa en su expediente no sería nada bueno. Pero sabía que Yumi no hablaba en serio, aunque claro, no la conocía hasta ese extremo, su concepto del honor es algo diferente al europeo o el americano. Para los japoneses el honor es algo muy importante.

—No, pero sería muy sexy. —Y a Yumi le ponían los comics y las telenovelas con malotes con espadas. Si su padre se entera de que ve culebrones con *yakuza*, le corta el acceso a internet. Ojo, la mafia siempre será mafia, pero hay novelas románticas que ponen a los malos como seres humanos con sentimientos, dispuestos a todo por amor. ¿A qué adolescente no le molaría eso?

—Hay algo más. —Mi cambio de tono borró la traviesa sonrisa de su cara.

—¿Hay algo peor que tu novio te engañe acostándose con otra mujer? —Pobre ingenua.

—Para empezar, que esa mujer es Diana. —Por un par de segundos creí que se había perdido nuestra conexión, porque su cara se había quedado congelada, ni pestañeó.

—¿Diana? ¿Tu compañera de habitación? ¿Esa Diana? —preguntó como si sus palabras fuesen balas de una ametralladora.

—La misma —aseguré.

—*Grosse pétasse.* —Otro insulto impropio de una refinada señorita, aunque que no suena tan mal cuando lo dices en francés.

—¿Crees que a tu hermano le importaría hacer un dos por uno? —Era broma, las dos lo sabíamos. Jamás se me ocurriría hacer o solicitar que hicieran en mi nombre una barbaridad como la que estaba sugiriendo.

—No, eso lo haré yo personalmente, *mon amie.* Tengo un *tanto* que tiene grabadas sus iniciales hace tiempo. —Ese cuchillo tenía una larga historia, y había ido tomando forma a medida que le iba contando las particularidades de mi compañera de habitación, o mejor dicho las libertades que se tomaba y que me afectaban de forma negativa, como llevarse a sus amantes a nuestra habitación sin avisar y, por supuesto, sin pedir permiso.

Podía escribir una novela erótica solo con lo que había escuchado, y a veces visto, en nuestro cuarto. ¿Pensaban que solo lo hacía cuando yo no estaba? Más de una vez los metía en nuestro cuarto cuando se pensaba que yo dormía. Y he de decir que nadie es silencioso cuando hace ese tipo de cosas, aunque creo que a ella tampoco la importaba si me despertaba o me hacía sentir incómoda por el show que me estaba ofreciendo. A veces creo que a Diana lo que le gusta no es solo provocar, sino tener espectadores.

Capítulo 3

—Todavía hay más. —Su cabeza se alejó de la pantalla, como si le hubiese dado un golpe directo en la nariz.

—¿Más? —Como decía la *amona* Nekane: «no hay dos sin tres». Por si se lo preguntan, *amona* significa abuela en vasco. Lo sé, tengo mi propio Naciones Unidas en la familia. Pero como dice mamá, cuantos más ingredientes, más rico sale el guiso.

—A Ray nunca le gusté realmente, solo… solo era un seguro. —Mi voz casi se quebró al decir aquella última palabra. Dolía asimilar que lo que teníamos, o lo que creí que teníamos, no era más que una farsa, al menos por su parte.

—¡¿Cómo que un seguro?! —preguntó indignada. No podía sostener la mirada de Yumi, me sentía avergonzada, hundida. Pero ella necesitaba saberlo, así que solté el aire y se lo dije.

—Solo salía conmigo para garantizarse el acceso a mis apuntes, y que le ayudase con las materias más pesadas. —Sentí una dolorosa punzada en el corazón al decir aquellas palabras.

—Pero te le asignaron para las tutorías, ya tenía todo eso. —Yo pensé lo mismo que ella.

—Pero no es lo mismo. Un tutor te ayuda cuando vas mal, pero se retira cuando consigues remontar la materia. Ray… Él quería asegurarse de conseguir buenas notas durante todo el curso. —Y por eso se convirtió en mi novio hace año y medio, porque así no me alejaría de él. Hasta hoy. Ya se podía ir buscando la vida, porque mis apuntes, y mis sesiones de estudio, no las iba a volver ni a oler.

—Ese desgraciado… Ojalá pudiese traerte aquí, así estarías lejos de él y sus maquinaciones retorcidas.

—¿Me estás invitando a ir a tu casa? —bromeé. Su padre era muy estricto con las visitas.

—Ojalá la situación fuese otra.

—Cuando encuentres trabajo podrás tener tu propia casa. —Era algo que habíamos hablado, ella quería ser independiente, encontrar un trabajo que la llenase y le permitiese vivir. Su padre tenía otros planes para ella, y creo que pasaban por encontrarle un buen marido.

—No me refiero a eso.

—¿No? —pregunté intrigada.

—En Japón hace unos días que han cerrado las escuelas. El COVID no es una broma. —No le había prestado demasiada atención, estaba tan centrada en mis estudios que apenas veía las noticias. Pero había percibido el nerviosismo en el campus. Culpa mía, debí prestar más atención.

—Supongo que las restricciones acabarán llegando también aquí.

—No es broma, Didi, la gente está muriendo a docenas. Y con lo promiscua que es Diana, yo no me arriesgaría ni a darle la hora en un parque al aire libre. Si el COVID se contagia por el aire, ¿qué no habrá pillado dándose el lote con toda esa gente? —Eso sí que era un problema real, algo que podía matarme, y no un corazón roto.

—Por fortuna tú vives en una torre de cristal. Estás a salvo. —Ella asintió.

—En serio, Didi. Cuídate.

—Lo haré —le aseguré.

—Quizás con un poco de suerte, el COVID nos hace el trabajo y se lleva por delante a esos dos despojos de la humanidad. —Solté una carcajada al oírle decir eso.

—No hay que ser tan mala. —Podía creer en la justicia divina, pero de ahí a desear que alguien muriese…

—Piénsalo bien, Didi, el mundo estaría mejor sin gente como ellos. —Estaba de acuerdo con ella, pero no lo diría en voz alta, porque todos tenemos derecho a equivocarnos, y podemos cambiar. Aunque Ray y Diana no parecían de ese tipo de personas que tuviesen lo necesario para hacerlo, es decir, conciencia.

—La muerte no, pero sí que les desearía una enfermedad venérea como una gonorrea o algo parecido —concedí.

—Eso se cura. No, se merecen algo que compense todo el sufrimiento que provocan, algo que los ponga en su sitio. ¿Cómo era eso que decías? ¡Ah!, ojo por ojo, y diente por diente.

—El código de Hammurabi.

—Pues eso. Si Ray ha hecho todo esto para conseguir buenas notas, debería suspender. —Si dejaba de ayudarle, sus notas se resentirían mucho, pero no creo que llegase a suspender, le había enseñado demasiado bien cómo debían hacerse las cosas.

—Ojalá el karma te oiga.

—Al karma a veces hay que echarle una mano.

—Si te refieres a que le dé la patada y se busque otra ayudante, es algo que ya había decidido.

—Bien, por algo se empieza. —Esta chica tenía una vena guerrera y justiciera. Me parece a mí que tantos malos con *katanas* la habían convertido en una adicta a la venganza.

—¿Sabes? Me ha venido bien hablar contigo. —Ya no sentía tanto dolor, sino un escozor que era más asumible.

—Para eso están las amigas.

—Ojalá lo seamos siempre —deseé en voz alta.

—Mientras exista internet, nada podrá cambiar eso. Y esta amiga, está pensando que no es mala idea hacerle una pequeña jugarreta a tu compañera de habitación. —Ya apareció la mafiosa vengativa.

—¿En qué estás pensando? —Siempre fui una buena chica, pero a veces hay que dejar de hacerle caso al angelito bueno que está sobre tu hombro y escuchar lo que te dice el pequeño demonio que te susurra en el otro oído. En mi caso, mi pequeño demonio estaba al otro lado de la pantalla de mi ordenador.

—No es muy higiénico, pero el resultado merece la pena.

—Habla. —Me estaba torturando.

—Es sábado noche, Diana llegará tarde y se despertará más tarde aún, ¿verdad?

—Y más si ha ido de fiesta a una fraternidad. —Sexo y alcohol, esa chica lo quería todo.

—Pues bien, por la mañana, cuando te levantes a mear, lo haces en un vaso y mientras el pis está caliente, le abres las sábanas y se lo echas justo entre las piernas. —¡Madre mía!

—¿Para fingir que se ha meado? —interpreté enseguida.

—Si está calentito no se da ni cuenta. Te da tiempo a volver a la cama y esperar, porque en cuanto se enfríe…

—Notará que tiene algo mojado ahí abajo.

—Si fuese agua sospecharía enseguida, lo sé porque me pillaron así la primera vez. Pero como ves, he perfeccionado mi técnica con el tiempo. —¡Pero qué traviesa!

—Pondré en práctica tu sabio consejo, Yumi-*sensei*. —Junté mis manos para hacer una reverencia formal. Ella lo merecía.

—Estoy segura de que serás una gran discípula, Didi-*san*.

Las dos rompimos a reír una vez finalizadas nuestras reverencias. Había acertado al llamar a Yumi, ella siempre conseguía borrar la tristeza de mi corazón, daba igual que fuese por estar lejos de mi familia, por sentirme un bicho raro en aquella universidad o por haber sido traicionada por la persona a quien quería.

Capítulo 4

No pude esperar, en cuanto Diana llegó a nuestra habitación, el ruido me puso alerta. Escuché que tropezaba con la cama, se quejaba por golpearse el pie y finalmente caía sobre el colchón con muy poca gracia. El alcohol es lo que tiene, que te convierte en un payaso sin coordinación ni vergüenza.

No tardé mucho en escuchar sus ronquidos, señal de que Morfeo la había acogido en sus brazos. Con sigilo fui hasta el baño, un extra que agradecí, porque tener un aseo en la habitación y no tener que compartirlo con toda la planta era un pequeño regalo para alguien como yo, y para Diana, todo hay que decirlo.

Tomé el vaso de plástico que dejé junto al retrete, me senté y dejé que el contenido de mi vejiga fluyese para llenar el recipiente. No todo acabó dentro, así que me lavé las manos antes de salir del aseo.

Permanecí en silencio antes de avanzar dentro de la habitación, tratando de asegurarme de que todo estaba como debía. La luz que se colaba por la ventana me dejaba apreciar las formas que ya conocía, y el ronquido de Diana confirmaba que ella estaba en la misma condición de hacía un rato.

Caminé de puntillas hasta su cama. La maldita me lo había puesto fácil, no se había cubierto con la colcha. No es que hiciese calor precisamente, pero el alcohol debía mantenerla caliente. Me acuclillé a su lado, porque no quería que me viese allí de pie si por casualidad abría un ojo. Con cuidado empecé a derramar el líquido sobre su entrepierna, mientras trataba de contener la sonrisa que sabía ya estaba creciendo en mis labios.

Con el vaso vacío, regresé a mi cama y escondí las pruebas del delito donde sabría no iría a buscarlas. Me acosté y me cubrí con el edredón, solo tenía que esperar. Me quedé dormida mientras lo hacía, así que no me sorprendió que el grito de Diana llegase cuando las luces del día iluminaban nuestro cuarto. Mejor, porque así no me perdí ningún detalle.

—¡Agh! —gritó con dramatismo mientras saltaba de la cama.

—¿Qué ocurre? —pregunté inocente, asomando la cabeza por encima del edredón.

—Nada, nada. —Trató de quitarle importancia, y yo sabía que era porque se avergonzaba. ¿Una mujer de 20 años que se mea en la cama? Esa noticia correría por el campus como un embarazo.

Diana salió corriendo hacia el baño, desde el que escuché algunos improperios. Me costaba contener la risa, pero me mantuve en mi papel.

—¿Diana? —pregunté—. ¿Estás bien?

Como una exhalación, ella volvió a aparecer en la habitación, solo que sin la parte inferior de su ropa. No era la primera vez que se paseaba medio desnuda, así que no le pregunté, como era de esperar.

—No pasa nada. —Corrió hasta su cama, para tirar de su edredón y enrollarlo de mala manera entre sus brazos.

—¿Te vino la regla? ¡Oh, señor! —dije con la vista clavada en la mancha amarilla que quedaba en la cama—. Te has…

—No digas nada. —Me amenazó con su dedo frente a mi nariz. Sí que estaba enfadada.

—Claro. —Me tragué la risa y fingí sorpresa, pero mi diablo interior se estaba desternillando como una posesa, y creo que mi angelito también.

—¡Mierda!, ¡mierda! —Tiró del resto de la ropa de cama, pero el enorme cerco del colchón seguía ahí. Me parecía a mí que había perdido su fianza, la habitación no estaba como la encontró.

La vi meter toda la ropa en una bolsa de basura, calzarse unos pantalones y salir con la bolsa hacia a lo que supuse sería la lavandería. Parecía que la perseguía una jauría de perros rabiosos.

Yumi tenía razón, la venganza sentaba bien, muy bien. Ahora quedaba mi «adorado» novio.

Mientras Diana estaba en su misión para ocultar las pruebas del delito, yo me deshice de las mías. Y de paso, me puse a pensar en la manera de castigar a Ray. Debía encontrar algo al nivel de su traición, algo que realmente fuese tan traumático como lo que él me había hecho a mí. Que se mease en su cama ya no podía hacerlo, en primer lugar, porque sería demasiado sospechoso y, en segundo, porque no iba a acercarme a ese despojo de persona nunca más.

Mi atención fue directa hacia mis bien ordenadas carpetas de apuntes. Los cuadernos estaban pasados a limpio, subrayados en colores y con marcas de acceso directo a lo importante. Ray no iba a ponerles una mano encima. Empecé a ordenarlos, reubicando y guardando, para que, si le daba por acceder a mi habitación, no pudiese encontrar lo que necesitaba. ¿Por qué pensaba que lo haría? Tenía una aliada en la cama de al lado, seguro que ella le dejaría entrar.

Estaba escondiendo un par de cuadernos entre mi ropa, cuando encontré la caja que me envió la tía Desiré. No la había vuelto a abrir desde que la escondí bajo un jersey, porque pensé que no iba a necesitarlo. Pero después de lo que me había dicho Yumi, quizás era el momento de empezar a usar lo que había dentro. Tener una

científica en la familia, con acceso a material de laboratorio, iba a ser una gran ventaja.

Saqué el contenido para exponerlo sobre mi cama; guantes, gel hidroclórico y lo más importante, un par de lotes de mascarillas, normales y FPP2. En su momento pensé que Desiré era una exagerada, pero si Yumi estaba aislada en su casa, es que los de arriba sabían hacia dónde se dirigía todo esto. Mejor prevenir que lamentar.

Un par de conocidos golpes sonaron en mi puerta; sabía quién era antes siquiera de abrir. Era el momento de dejarle bien claro que no era bien recibido en mi habitación. Me coloqué una mascarilla azul y abrí la puerta. Como esperaba, la sorpresa de Ray fue mayúscula.

—¿Estás bien? —Tenía la intención de entrar, como era su costumbre, pero la visión de la mascarilla sobre mi boca lo detuvo, como esperaba.

—Acabo de venir de viaje, no está de más mantener una pequeña cuarentena. ¿Y si me han contagiado? —Sus cejas se alzaron, entre sorprendidas y preocupadas.

—¿Tienes síntomas? —Nada como meter miedo.

—De momento no, pero para eso son las cuarentenas, para evitar contagios si es así. Por si acaso, será mejor que te mantengas alejado de mí y de los lugares en los que yo estoy. —Lo meditó un par de segundos.

—Eres una exagerada. —Noté como sus ojos se desviaban a mi escritorio. Ya sabía lo que le interesaba.

—Es posible, pero no está de más tomar precauciones. —Alcé la mano para indicarle que se mantuviese lejos—. Nos veremos en clase.

—Eh… —Trató de buscar una justificación para no tener que irse sin su trofeo—. Te veo mañana, nena. —Nena. Escuchar aquel apelativo me puso los pelos de punta.

Al día siguiente el gobernador de Nueva York decretó el cierre de las escuelas públicas en la ciudad. El asunto era serio, y Ray no tuvo más remedio que mantener la distancia ante mi reticencia al contacto personal. Tenía mi excusa para tenerlo alejado de mí. Por una vez, las malas noticias eran buenas noticias para mí.

Capítulo 5

Las medidas de distanciamiento social, las restricciones, fueron la mejor excusa para mantener a Ray alejado de mi persona, algo que agradecí, porque no quería tener que mirarlo a la cara. No entiendo a esa gente que te miente sin ningún tipo de remordimiento, sin escrúpulo alguno, y encima te sonríen. Con razón no había sospechado cuál había sido su juego; Ray era muy convincente y mentía con una facilidad asombrosa. Era capaz de hacerte creer que eras importante para él, aunque pensándolo bien, de alguna manera lo era.

Lo difícil fue seguir haciéndole creer que no había ocurrido nada entre nosotros, y al mismo tiempo no darle lo que quería. Se preguntarán, ¿por qué no rompí con él directamente? ¿Por eso de «a tus amigos mantenlos cerca, a tus enemigos más cerca aún»? No, no era por eso. Quería ver hasta dónde era capaz de aguantar Ray por conseguir sus ansiadas buenas notas.

Estaba claro que él ya no me interesaba como antes, actuaba con desidia y dejadez, sin emoción, pero él seguía insistiendo. Se estaba rebajando hasta niveles que eran humillantes, al menos es lo que algunas personas, como Diana, pensaban. ¿Cómo lo sabía? Pues…

—¿No vas a quedar con Ray? —preguntó una tarde.

—Creo que no —respondí mientras ordenaba mi escritorio.

—Oh, vamos. Podéis salir a tomar el aire al parque, se supone que es una zona segura. Si yo tuviese un novio como él, haría lo que fuera por estar un rato juntos. —Seguro que una de tus salidas la aprovechaste para hacer precisamente eso, estar con mi novio, pensé.

—¿Tú has quedado con Jack? —Noté el impacto que provocó mi comentario. Ella no esperaba esa pregunta.

—Es complicado, él ya no está en el campus. —Jack había dado el salto a la liga profesional, jugaba en los Giants desde que terminó sus estudios en Columbia. Pero él y Diana seguían viéndose, porque decía que seguían siendo novios. El chico seguro que todavía la quería, pero ella repartía su amor entre otras personas, hombres y mujeres, no le hacía ascos a nada. Me imaginaba la razón por la que no le había dejado: Jack era más que una promesa deportiva, tenía un contrato e ingresos considerables. Diana no desperdiciaría eso.

—Para alguien como tú, debe ser complicado mantener la distancia. —Diana me miró con más atención de lo debido. Estaba sospechando algo.

—¿Alguien como yo? —preguntó desconfiada.

—Sí, ya sabes. Tan sexual. —Es lo que ella decía, necesitaba sexo con regularidad, era su naturaleza.

—Sí, bueno. Hago lo que puedo. —En otras palabras, si Jack no estaba a mano, lo hacía con otras personas, o recurría a la autosatisfacción. Esto último era lo que más hacía, y no se cortaba ni cuando yo estaba en la habitación. El confinamiento había agudizado su falta de vergüenza y desconsideración.

—Yo pienso en mi salud. Quiero vivir para alcanzar mis sueños, no morir por cumplir solo uno. —Aunque abrazar y besar a Ray ya no era uno de ellos.

—Una cita en el parque no es algo demasiado arriesgado. Muchos jóvenes quedan para intercambiar apuntes y estudiar. —Ahí quería ella llegar. Seguro que Ray le había pedido ayuda a Diana para persuadirme. Normal, si Ray conseguía un buen puesto como abogado, tendría a dos tipos con una cartera bien abultada de la que servirse. Diana no era materialista, Diana era egoísta.

—Sigue habiendo algo de riesgo —me justifiqué.

—Por una vez no pasa nada —se defendió. Sí que debía estar desesperado Ray. Normal, los exámenes se acercaban.

—Eso es lo que dicen algunas antes de tener sexo sin protección, y un porcentaje se quedan embarazadas. —Tocar su punto débil resultó eficaz, porque dio un respingo, igual que si mencionase al diablo.

—Sí, bueno. Voy a salir a comprar algo de agua y barritas energéticas. ¿Quieres que te traiga algo? —Las comidas en la cafetería de la residencia se habían convertido en algo diferente a lo que eran antes, ahora había turnos para evitar la masificación. Distancia de seguridad y medidas extraordinarias de higiene.

Antes cogía mi comida y salía a comer al pequeño jardín del exterior, pero desde lo de Ray, empecé a comer en mi cuarto con la ventana abierta. No era lo mismo, pero era mejor que arriesgarme a salir y encontrármelo, el maldito parecía acecharme. Alguna vez lo vi merodeando cerca del edificio. Si tenía que apostar, juraría que no estaba precisamente lejos en ese momento, porque Diana parecía tener una misión cuando salió de nuestro cuarto.

Aproveché que ella no estaba delante, para esconder mis nuevos apuntes y dejar a la vista unos mucho menos elaborados. Ya había descubierto que me desaparecían por unas horas y luego volvían a su lugar. Antes no lo habría notado, pero me había vuelto una desconfiada con Diana. Por eso sabía que me los robaba y luego los devolvía. Como dije, Ray estaba desesperado y tenía una cómplice.

El repiqueteo de una videollamada entrante resonó en mi ordenador. Era mi tía Desiré. Con mis padres atrapados al otro lado del océano, ella era la que constantemente contactaba conmigo para comprobar cómo estaba.

—Hola, tía —saludé.

—¿Cómo está mi sobrina favorita? —preguntó jovial.

—Soy tu única sobrina —le recordé.

—También podrías ser la que me cae peor. —Buen punto.

—Soy demasiado adorable para caerte mal —bromeé sin mucho entusiasmo.

—¿Te llegó mi último envío? ¿Necesitas algo más? —Ella estaba pendiente de todo lo que pudiese necesitar, incluso se adelantaba con sus previsiones.

—Sí, gracias. Tengo de todo.

—Estás triste. ¿Va todo bien? —A ella no podía engañarla, sabía interpretar los datos que tenía delante con demasiada facilidad.

—El distanciamiento es duro. —Quizás si la despistaba, no tuviese que contárselo. Había aguantado hasta ese momento y podía seguir un poco más.

—Hay algo más. —Sus ojos inteligentes parecían ver a través de la cámara.

—Nada importante. —Mis palabras querían tranquilizarla, pero provocaron precisamente lo contrario.

—¿Estás sola en la habitación? —pareció escudriñar mi cuarto.

—Sí —confesé.

—Entonces ya me lo estás contando todo. —Suspiré de forma pesada. Con ella era difícil tener secretos. A veces pienso que, en vez de física, mi tía debería haber estudiado psicología. Era muy buena hurgando en la cabeza de la gente e interpretar lo que encontraba. Al menos conmigo ocurría eso.

—Espero que tengas tiempo, porque esto será largo. —Su espalda se enderezó, como si se preparase para entrar en batalla.

Capítulo 6

Dicen que el dolor se vuelve más pequeño a medida que hablas sobre lo que te lo provoca. Con la calma y la distancia que me dio el tiempo, noté que estaba aprendiendo a ver lo ocurrido desde una perspectiva diferente. Seguía estando dolida, pero ya no me sentía de la misma manera. Tenía dentro más ira contra Ray y Diana de la que sentía por mí misma. Ya no me culpaba por haber sido tan ingenua, por haber caído en su trampa. Ahora entendía que no era yo la que había fallado, sino él. Diana no era más que otra víctima, alguien que Ray utilizaba para conseguir sus objetivos.

—La vida es una lucha de supervivencia en la jungla, y tú te has encontrado con una de las peores pirañas demasiado pronto.

—No soy la primera ni la única mujer a la que su novio engaña con otra. —Intenté quitarle importancia.

—No es solo por la traición, pequeña. Ese chico ha conseguido romper tu confianza. Ya no podrás ver a los hombres de la misma manera. Si uno intenta acercarse a ti, da igual que sus intenciones sean buenas, tú desconfiarás. —Tenía razón, y no solo serían los hombres.

—No todos son iguales. —Una manzana podrida en el cesto no podía hacer que dejase de comer las que estaban sanas. No se puede juzgar a un colectivo por los actos de un solo individuo.

—Por fortuna, no. Pero saberlo no evitará que temas que vuelva a ocurrir. Ahora bien, hay algo que puede ayudarte a que superes esa decepción, y que además recuperes tu confianza en ti misma. —Eso parecía interesante, porque a estas alturas, haría lo que fuera.

—¿El qué?

—Que le demos la vuelta a la cadena trófica. —La cadena trófica o alimentaria indica qué camino siguen los nutrientes, es decir, qué animales se alimentan de otros; cuales están abajo y cuales están arriba.

—¿Quieres decir…?

—Que el cazador se convierta en presa. —Su forma de decirlo provocó un escalofrío por todo mi cuerpo.

—No sabría ni cómo hacerlo —reconocí, provocando una carcajada de ella.

—Oh, pequeña. Hay tantas cosas que tienes que aprender… Será un placer enseñártelas. —Su mirada se volvió peligrosa, casi diría que depredadora. ¿Qué le había pasado a mi dulce y cariñosa tía Desiré?

Estaba a punto de preguntarle que me contara más, cuando la puerta de la habitación se abrió repentinamente.

—Uf, ¿puedes ayudarme?, esto pesa un montón. —Diana entró en el cuarto cargada con una enorme caja de agua y un par de bolsas en sus manos. Ni de broma habría cargado con todo eso desde la tienda ella sola. Sabía que la habían ayudado, y me podía imaginar quién había sido.

—No te preocupes, cariño. Ya hablaremos otro día. —La tía Desiré estuvo rápida de reflejos, liberándome de la decisión que debía tomar: o ayudar a Diana o continuar charlando con ella. De todas formas, tampoco es que pudiésemos hablar sobre un tema tan delicado con ella delante.

—Te quiero, tía —me despedí.

—Y yo a ti, pequeña. —Cerré la comunicación y me acerqué a Diana para ayudarla con su carga.

—¿Cómo has llegado hasta aquí con todo eso? —Aunque sabía que no me lo iba a decir.

—Tuve un poco de ayuda. —Me guiñó un ojo de forma cómplice. Estaba claro, había sido un hombre.

—¿Dónde quieres que lo ponga? —Giré la cabeza para escuchar su respuesta, lo que me permitió advertir la forma en que sus ojos escrutaban mi escritorio. No necesitaba más pistas, había estado hablando con Ray y este le había pedido que consiguiese mis apuntes. Lo que no sabía ninguno de los dos es que estaba preparada para ello.

—En mi lado del armario —Asentí y coloqué el paquete del agua junto a mis zapatos, pero en su lado.

—¿Has traído gel hidroalcohólico? —Sabía que ella no lo compraría, no creía que sirviera para nada. No le daba por pensar que había que llevarlo siempre encima, porque los pomos de las puertas eran un nido de gérmenes.

—No.

—Entonces saldré a comprarlo. Casi no me queda. —Mentira, tenía una buena reserva, pero necesitaba dejarle el campo libre para que hiciese su maniobra.

—¿Puedes traerme unos tampones? Me parece que solo me quedan un par de ellos. —Ya, lo que pasaba es que tendría que ir hasta la farmacia, que quedaba un poco más lejos. Estaba buscando un poco más de tiempo para su fechoría.

—Claro. ¿Normales o súper? —Cogí mi bolso y una mascarilla nueva.

—Súper.

—De acuerdo. —Salí por la puerta con una sonrisa de suficiencia en el rostro, una que nadie vería porque la cubría mi mascarilla. Ray se llevaría una sorpresa el día del examen, porque apenas habría tenido acceso a la mitad de la materia.

Mientras caminaba por el campus, en dirección a la tienda, pasé por el parque. Realmente apetecía sentarse sobre el césped y respirar un poco de aire fresco, pero estaba mal cuidado, ya que los jardineros no lo podían atender como antes. El COVID había paralizado la actividad de demasiadas personas.

Calculé el tiempo que los llevaría acceder a mis apuntes, fotocopiarlos y devolverlos a su sitio y después regresé. Quizás lo hice demasiado pronto, porque pillé a Ray devolviéndole mis carpetas a Diana en el portal de nuestra residencia. Tenía que reconocer que se comportaban de una manera muy comedida; Diana tan solo le dio a Ray un ligero toque en el trasero. La conocía demasiado bien como para saber que se estaba encargando de conservar el interés de él, de «mantener el horno caliente».

Verle allí me hizo recordar las palabras de Desiré: convertir al cazador en presa. Tenía ganas de que me enseñase a hacer eso. Quizás en nuestra próxima charla me daría algunos consejos. Me moría por hacerle pagar a Ray todo lo que me había hecho. Lo que antes me parecía simple maldad o venganza, ahora me parecía un acto de justicia. Sí, justicia. Me gustaba cómo sonaba esa palabra. ¿Había sonado una risa malvada dentro de mi cabeza?

Capítulo 7

Aunque las clases se habían dado online, los exámenes eran cosa distinta, aunque fuese difícil controlar a tantos alumnos. Esos días no pude evitar a Ray.

—¡Eh!, Didi. —Lo vi correr hacia mí por el pasillo.

Había tratado de camuflarme entre la gente llevando una sudadera con capucha y la mascarilla FPP2 bien pegada. Pero estaba claro que, si quieren encontrarte, lo harán.

—Hola, Ray —respondí a su saludo cuando me alcanzó. Di un paso atrás, manteniendo la distancia personal entre los dos.

—Al final no hemos podido quedar para estudiar. —Genial, ni un «¿cómo te encuentras?» ni un «te he echado de menos». Tiempo atrás habría pensado que esas dos preguntas estaban implícitas en su forma de mirarme, pero ahora sabía que no era así.

—Las circunstancias son las que son, Ray. Pero estoy segura de que habrás seguido los pasos que te enseñé hace tiempo. —¡Ja!, su forma de tomar apuntes no era tan buena como la mía, por eso quería desesperadamente mis anotaciones.

—Eres una estupenda profesora. —Dio un paso tentativo hacia mí, seguramente buscando ese contacto físico que antaño me convertía en gelatina. Pero esta vez no iba a suceder.

—Ray, por favor. Mantengamos la distancia. —Sus ojos se entrecerraron, como si sospechase que había algo más que miedo al contagio en mis palabras.

—No hay que ser tan exagerada, Didi —me recriminó.

—Está muriendo gente, Ray. No quiero ser una de esas personas que engrosan las estadísticas de fallecimientos. —Me mantuve firme.

—Está bien, lo respeto.

—¿Lo has preparado bien? Mayers es un hueso duro. —Intuí su sonrisa bajo la mascarilla.

—He estudiado como un loco, no tenía otra cosa que hacer. —Su mano se alzó hacia mi mejilla, como si tratase de demostrarme que seguía siendo un novio atento. Era un actor muy metido en su papel.

—Urtaristi, Dennise— No había manera de que dijeran bien mi apellido, pero era lo que había. Ya me había acostumbrado a que lo cambiaran dependiendo de lo que entendiesen.

—Aquí. —respondí a la llamada. Me acerqué al profesor que había llamado desde la puerta de acceso al aula y le mostré mi carné de estudiante.

—Bájese la mascarilla. —Seguramente alguien ya había tratado de hacerse pasar por otra persona. Obedecí, confirmó que era yo y me dio paso.

—Adelante.

—Suerte —escuché la voz de Ray a mi espalda.

Levanté el pulgar hacia él, como hacían en el circo romano para salvar la vida de los gladiadores. Ray asintió hacia mí y me guiñó un ojo. «Sí, idiota», pensé, «tú sí que vas a necesitarla».

Días después, cuando las notas se colgaron en la web de la universidad, constaté que a mí sí que me había ido muy bien. En

cuanto a Ray, descubrí que no tanto, ni siquiera había aprobado. Decir que estaba de un humor de perros era poco. No era tan tonto, sabía que faltaba material en lo que había conseguido a escondidas. El problema fue la insistencia con la que intentó reunirse conmigo. Necesitaba mis apuntes para presentarse al examen de nuevo. Conseguirlos se convirtió en su más urgente necesidad. Además de revisar las demás materias.

Mis quiebros le estaban cansando, y aunque consiguió material de otras personas, él sabía que nadie tendría apuntes tan completos y bien preparados como yo.

Estaba escondiéndome de él en mi habitación, cuando recibí la videollamada de mis padres.

—Hola, cariño, ¿qué tal te ha ido con los exámenes? —Mi padre lo preguntaba sabiendo que mi respuesta sería la que él esperaba. Soy una chica muy aplicada, siempre lo he sido.

—Bien, he aprobado todo. —Diana acababa de entrar en la habitación, pero no lo hizo sola. ¡Maldito Ray!

—Esa es mi chica —dijo mi padre orgulloso. No podía evitar controlar a los otros dos por el rabillo del ojo. Los saludé a ambos con un ligero movimiento de mano, pero no corté la llamada. Si fuesen educados, se irían y me dejarían tener la conversación en privado, pero no lo hicieron.

—¿Estás comiendo bien? Te noto un poco ojerosa —se preocupó enseguida mi madre.

—Son los exámenes, se recuperará ahora que sacará la nariz de los libros —respondió mi padre por mí. Mejor, porque yo no podía evitar desviar la mirada constantemente hacia aquellos dos. Podían fingir estar esperando a que terminase la llamada, pero realmente estaban curioseando más de lo debido.

—Como bien, mamá —le aseguré.

Ray se recostó en mi cama, casi de forma indolente, pero él no hacía esas cosas. Con los nervios crispados, me giré hacia él para reñirle.

—¿Quieres salir de mi habitación?

—Didi —lloriqueó con fingida inocencia.

—Papá, mamá, perdonadme. Hay gente que no tiene respeto por la salud de los demás. —Cerré la videollamada de mala manera y me encaré con Ray—. Sal de la habitación, Ray.

—Exagerada, podemos abrir la ventana —le defendió Diana.

—No es solo el aire, son todos los gérmenes que trae encima. No quiero tener que desinfectar todo. —Era la única excusa que tenía para alejarlo de mí, así que, a riesgo de parecer una neurótica, debía aferrarme a ella con desesperación.

—¿No crees que se te está yendo un poco de las manos? —me acusó Ray.

—El miedo es libre, Ray. Y tú deberías respetar mi espacio seguro. Si tú eres un inconsciente que quiere jugársela, por mí bien, pero no vengas a traerme lo que hayas pillado por ahí. Hasta que no estemos todos vacunados, el riesgo es demasiado alto —le reproché.

—No vas a morir, Didi.

—Eso pensó James Dean. Yo no voy a arriesgarme.

—¿James Dean? ¿Quién es ese? ¿Algún conocido tuyo que haya muerto de COVID? —Diana lo preguntaba realmente seria. Tuve que poner los ojos en blanco.

—Sal de aquí Ray. —Ya había abierto la ventana y en ese momento sostenía la puerta para que saliera.

—Cómo te pones. —Se puso en pie con un impulso y se alejó guiñándome un ojo—. Cuando se te pase la neurosis, me llamas. —Cerré con un buen portazo a su espalda.

—Eres una exagerada —dijo Diana, mientras se dejaba caer sobre su cama.

—Puede, pero tengo más posibilidades de seguir viva cuando esto termine que tú. —Mi acusación la sorprendió.

—¿Qué te he hecho yo ahora?

No podía decirle lo que me había hecho, así que me mordí la lengua y me tragué todo lo que tenía ganas de decirle.

Capítulo 8

Si fuésemos realmente conscientes del peligro que nos rodea, probablemente viviríamos en un constante estado de alerta y miedo. Atracadores, violadores, asesinos en serie, conductores borrachos… Eso solo si nos centramos en la maldad humana que nos rodea. Luego están esas cosas que no podemos predecir o evitar, como que te caiga un rayo, que el viento tire algún objeto que te caiga en la cabeza… Lo sé, da miedo.

Afortunadamente, nos conformamos con estar preparados para que ninguna de esas desgracias nos golpee con fuerza, quiero decir, tenemos espráis de pimienta, esquivamos las zonas oscuras y tratamos de evitar los lugares conflictivos. El peligro existe, está ahí, pero no por ello debemos salir a buscarlo. ¡Diablos!, ningún pescador sale a faenar con su barco en mitad de un huracán.

Pero con el COVID mucha gente se obcecó en no ver el peligro, como si las advertencias de la comunidad científica no fueran importantes. En este tipo de situaciones, cuando la vida de uno mismo y los que quiere está en riesgo, es mejor pecar por exceso que por defecto.

Puede que yo utilizase las normas de seguridad como una gran excusa para mantener a Ray lejos de mí, pero eso no le quitaba importancia. La actitud de Diana, su desprecio por las precauciones higiénicas, no hacían más que aumentar mis ganas de estrangularla, que ya de por sí eran muchas.

Todavía no entiendo cómo hay gente así en el mundo, egoísta y descerebrada como Diana. Como Ray lo comprendo, el egoísmo es su método de supervivencia. Pero al menos no es de los que dejan

de escuchar su instinto de protección. No saltan desde una ventana esperando que haya una piscina abajo. Olviden lo que he dicho, que exista una piscina no te garantiza que sobrevivas a la caída, o que lo hagas en buenas condiciones.

En fin. Enfadarme con Diana no iba a mejorar mi situación. Era mi compañera de habitación y todavía me quedaba un largo trimestre para terminar la carrera universitaria.

—¿Estás bien? —Giré la cabeza hacia Diana, que estaba sentada sobre su cama, con un libro sobre las rodillas.

—¿Yo? —No entendía a qué venía ahora esa pregunta.

—Has suspirado. —¡Ah!, había sido eso.

—Solo pensaba en lo largo que se me está haciendo todo esto. —Ella podía creer que estaba hablando sobre el confinamiento y las medidas por el COVID, pero realmente era por todo lo que ella y Ray habían provocado, y lo incómoda que me sentía por tenerlos cerca. Era muy tentador decirle que no quería saber nada de él, que nuestra relación se acabó.

No me compensaba estar pendiente todo el rato, algún día encontrarían mis auténticos apuntes y este juego de estropear sus notas ya no serviría de nada. Egoístas sí, pero no eran estúpidos, acabarían encontrando el tesoro.

Un par de golpes en la puerta llamaron nuestra atención.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté. Diana era la única que recibía visitas, yo solo a Ray, pero le había echado de la habitación hacía algo más de dos horas, no creía que se le ocurriese regresar tan pronto.

—No. —Diana revisó su teléfono, como si esperase encontrar algún mensaje que advirtiera de esa visita.

Me puse en pie, me coloqué la mascarilla en el rostro y abrí la puerta. La persona que estaba al otro lado era la última que esperaba encontrarme, o bueno, una de las últimas.

—¿Tía Desiré? —La mascarilla cubría la mitad de su cara, pero me bastaban sus ojos para reconocerla. Y su olor, ese exquisito olor que ni el desinfectante podía enmascarar.

—Recoge tus cosas, nos vamos. —Dos segundos, ese fue el tiempo que el golpe mantuvo fuera de juego a mi cerebro.

—¿Qué? —Ella pasó delante de mí ante mi aturdimiento.

—¿Dónde están tus cosas? —Miró a Diana, como si le preguntase a ella directamente. Y resultó, porque ella señaló tímidamente mi lado del armario.

—¿Qué ocurre? ¿Papá y mamá están bien? —Me estaba asustando.

—Todos están bien, cariño, no te preocupes. —Sacó mi maleta y la tendió sobre la cama vacía, para poder empezar a llenarla.

—No entiendo entonces a qué viene esto. —Pero no me interpuse en su trabajo, es más, comencé a sacar y colocar mi ropa dentro de la maleta.

—Te lo explicaré en el coche.

—¿Una ambulancia? —dijo Diana tras acercarse a la ventana para curiosear.

Giré el rostro hacia Desiré, preguntándola en silencio.

—Estamos en confinamiento, los vehículos sanitarios pueden desplazarse con libertad. —No quería preguntar cómo lo había conseguido, pero estaba claro que era la mejor manera de pasar del

estado de Connecticut, donde ella vivía, al estado de Nueva York, donde estaba yo.

En cuanto vi que vaciaba todas mis perchas y mis cajones, me di cuenta de que este no era solo un viaje rápido, era una mudanza en toda regla.

—Recoge tu ordenador y tu material de estudio. —Miré mis libros.

—Ya he terminado los exámenes. Tendría que devolver los libros que me prestaron. —Aunque con las medidas COVID, no tenía muy claro si antes de prestárselos a otro estudiante tendrían que esterilizarlos.

—Entonces mételos en una caja. Pasarán a recogerlos mañana. —Iba a decirle que no tenía cajas, cuando un hombre, que no había visto antes, me tendió una plegada.

—Gracias. —El hombre tomó la maleta que le tendió mi tía y la sacó de la habitación.

Cómo no, el ayudante que se había buscado Desiré iba perfectamente ataviado con su traje de paramédico, su mascarilla, sus guantes…

Con eficiencia recogimos todas mis pertenencias, bajo la sorprendida mirada de Diana, que no volvió a abrir la boca.

—¿Está todo? —preguntó Desiré cuando le entregué el neceser en el que había metido mis útiles de aseo del baño.

—Sí.

—Bien. Entonces nos vamos. Un placer conocerte —se despidió de Diana, aunque no habían intercambiado ni una palabra.

Desiré tiró de mi brazo para sacarme de la habitación.

—Adiós —me despedí de mi compañera de habitación. Puede que la odiase, pero siempre he sido una persona educada.

Cuando salí de la habitación, no pude evitar fijarme que el paramédico y mis cosas ya no estaban, pero sí algunas compañeras de las habitaciones contiguas, que se habían dado cuenta de que algo pasaba.

Sentí algo de vergüenza, porque parecía que me estaban sacando a rastras de allí, como si fuese una contagiada.

—Regresen a sus habitaciones, aquí no hay nada que mirar —ordenó Desiré.

Me guiñó un ojo y no dijo nada más, hasta que estuvimos con un pie en la ambulancia.

—Sabes lo que parece esto, ¿verdad? —le acusé.

—Parece que van a tener algo sobre lo que cuchichear durante un tiempo, pero a ti no te va a importar lo más mínimo. Átate el cinturón, tenemos dos horas de camino hasta New Heaven.

Obedecí, porque sabía que el trayecto iba a ser entretenido. La tía Desiré tenía mucho que explicar.

Capítulo 9

—¿Vas a explicarme qué ocurre y a qué ha venido todo esto? —Ni siquiera esperé a que las ruedas de la ambulancia empezasen a girar para lanzar mi pregunta.

—Tus padres me llamaron después de hablar contigo. Están muy preocupados —dijo mientras enviaba un mensaje por teléfono. Seguro que les estaba informando de que estaba conmigo.

—Puede que fuese un poco exagerada cuando Ray entró en mi habitación así de improviso, pero no creo que… —Ella alzó una mano para hacerme callar.

—Ellos no conocen toda la historia, pero yo sí, Dennise. —Cuando me llamaba por mi nombre de pila sabía que se estaba poniendo seria.

—Así que has venido a salvarme de él, de ellos dos. —Comprendí. Su mano se posó sobre la mía, haciéndome alzar la vista de nuevo hacia ella.

—Hay momentos en los que uno ha de alejarse, cariño. Estar allí era tóxico para ti.

—Lo sé —dije soltando un suspiro.

—Esta guerra no podías ganarla, Dennise. Este no es el campo de batalla apropiado, y tú tampoco estás preparada. Pero lo estarás, te lo prometo, voy a encargarme de ello. —Sus palabras me preocuparon.

—No harás…

—No, cariño, esta guerra es tuya, tienes que librarla tú. Es tu derecho.

—Mi derecho —repetí.

—Mi privilegio será darte las armas para hacerlos pagar a ambos por sus actos. —Si fuera tan fácil…

—Ya he intentado fastidiar a Ray. Le he privado de mis apuntes para que no consiguiese las notas que deseaba, pero se buscará la vida por otros medios, estoy segura. —Aunque no sería tan fácil como antes sin una presa a la que desplumar, como lo era yo.

—Tienes que mirar más lejos, cariño. Conseguir buenas notas no es más que una parte de su auténtico objetivo. Aprobar no es suficiente, necesita más porque tiene un objetivo. —Y yo sabía cuál era.

—Quiere entrar a trabajar en el equipo legal de los Giants. —Desiré asintió.

—Entonces ya sabes cómo puedes hacerle daño.

—¿Te refieres a que puedo presentarme a ese puesto y quitárselo? —Mis notas eran y serían mejores que las suyas, luego tendría esa baza a mi favor.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo? —Sopesé la respuesta un par de segundos.

—No es solo cuestión de expediente académico. Seguro que se necesitan contactos como los que él tiene.

—Los contactos se hacen, solo hay que tener en mente el objetivo y dar los pasos necesarios para conseguirlo. Así se ha hecho siempre. Pero la auténtica pregunta es ¿quieres arrebatarle el puesto?

—No lo sé. Trabajar para un club deportivo nunca había sido mi meta —dije con sinceridad.

—¿Y cuál es? —Buena pregunta.

—Siempre quise ayudar a personas como mi padre a lidiar con grandes empresas, como con las que trabaja. Ya sabes, él es un analista independiente y no tiene los mismos recursos legales que una gran corporación. No quiero que se aprovechen de él. —Siempre era así, los grandes buscaban la manera de exprimir a los pequeños y, si surgían problemas, se lavaban las manos.

—Entonces quieres estar del lado de los deportistas. Conseguirles las mejores condiciones para asegurar su futuro. Una lesión puede acabar con su carrera en cualquier momento y su fuente de ingresos desaparecer. Los clubs deportivos de primera categoría siempre buscan exprimir a sus activos, y cuando se rompen o se agotan, van a por el siguiente.

—Esa situación se asemeja mucho a la de mi padre. —David contra Goliat.

—Parece entonces que tenemos un objetivo claro. —Desiré esperó a que yo llegase a la misma conclusión que ella.

—Destrozarlo en una mesa de negociación, humillarlo. —Ella asintió conforme.

—Si él representa los intereses del club, no les sentará muy bien que les deje con el culo al aire. Quién sabe, incluso puede que te pidan que ocupes su puesto. Y no estoy diciendo que quieras tomarlo, simplemente puedes hacerles creer que te puede interesar. Los lobos solo aceptan a otro lobo en la manada, pero cuando uno es perjudicial para el grupo, no tienen reparo en expulsarlo.

—Sé que dice muy poco de mi persona el que me guste ese plan, pero es así —reconocí.

—La venganza, cariño, es un plato que se sirve frío y, contrariamente a lo que se dice, hay ocasiones en que llena el alma mucho más que el perdón.

—Entonces será mejor que demos la vuelta, tengo que terminar el último trimestre con mejores notas que Ray y hacer ese máster que él quiere hacer. —Si mi expediente era mejor que el suyo, tendría un as en la manga.

—Oh, y vas a hacerlo, pero no en Columbia. —Aquello me confundió.

—¿Qué quieres decir? Tengo una beca vinculada a la universidad de Columbia y mis notas, no puedo irme a otra universidad. No tengo tiempo de presentar el ingreso en otra facultad, ni dinero para la matrícula, ni… —Estaba empezando a agobiarme.

—Tranquila, cariño. No hubiera venido a buscarte si no tuviese todo eso cubierto. —Desiré me sonrió con confianza.

—¿Lo tienes? Pero…

—Ya tienes plaza en la facultad de derecho de Yale. Y con respecto a tu beca tampoco tienes que preocuparte, te he conseguido un benefactor. —Desiré me guiñó un ojo. Podía percibir la enorme sonrisa que se dibujaba bajo su mascarilla.

—Pero ¿cómo…?

—Oh, el rector de Yale me tiene en alta estima. No puede negarle a su mejor recaudadora de fondos el favor de matricular a su sobrina.

—¿Recaudadora de fondos? —Sentía curiosidad.

—A estas alturas ya debes saber que las universidades no solo se nutren de las matrículas de los alumnos, necesitan benefactores para poder desarrollar los proyectos que realmente les dan prestigio. ¿No has oído hablar de las galas de recaudación de fondos?

—Siempre las había relacionado más con proyectos filantrópicos, como ONG y ese tipo de organizaciones.

—Pues las universidades son una de esas y, amparadas por el afán de conocimiento y el beneficio a la humanidad, recaudan fondos para financiar los proyectos de varios de sus departamentos. A veces es el mismo proyecto el que atrae a los inversores, aunque la mayoría de las veces el benefactor no entiende qué va a hacerse con su dinero. Solo extienden un cheque y se van. El que tu proyecto sea el que reciba esa inyección económica depende de cómo se lo vendas a los benefactores y filántropos dispuestos a gastarse el dinero. —Sus palabras parecían decir que sabía de lo que hablaba, era como si…

—¿Tú buscaste financiación para tu proyecto de esa manera?

—Es una larga historia, cariño. Te la contaré en otro momento si quieres, pero sí, aprendí a exponer mi proyecto a posibles contribuyentes, haciéndolo interesante y comprensible. Si seduces a tu audiencia, tienes el camino despejado hacia su chequera.

—Vaya. —Nunca imaginé que ella hiciese eso. Siempre pensé que era solo una profesora de ciencias.

Un par de golpes dieron paso a la apertura de esa pequeña ventanilla que comunica la cabina donde está el conductor y la parte trasera donde van los pasajeros, es decir, el paciente y el sanitario que lo atiende. En nuestro caso, nosotras dos.

—Doctora Williams, estamos llegando al control.

—Gracias, Esteve. —La ventanilla volvió a cerrarse—. Será mejor que te recuestes, eres mi paciente y te estamos trasladando a nuestro centro de tratamiento. —Me guiñó un ojo, recordándome la argucia que estábamos representando para hacer este viaje entre estados, en pleno toque de queda por el COVID.

Capítulo 10

Porque tenía la mascarilla puesta, que si no hubiese parecido una niña que ve por primera vez la noria de un parque de atracciones. ¿De verdad mi tía Desiré vivía en aquella enorme mansión? No recordaba que nuestra familia fuese así de rica.

—No te quedes ahí parada. —Sentí el pequeño azote en el trasero que me propinó para obligarme a moverme.

—¿Tú vives aquí? —Tenía que cerciorarme.

—Ahora tú también vas a hacerlo. —La vi atravesar la puerta de madera que sostenía una mujer con uniforme. ¡Madre mía! Tenían servicio y todo.

Aferré con fuerza la correa de mi bolsa, en la que llevaba mi más preciado tesoro, mi ordenador portátil, y seguí los pasos de mi tía.

—Buenas noches, señorita —saludó la mujer de la puerta.

—Dorothy, esta es mi sobrina, Dennise. Dennise, esta es Dorothy, el ama de llaves de Robert. Cualquier cosa que necesites, ella es la persona a la que tienes que pedírselo. —Desiré sonreía mientras se retiraba la mascarilla.

—¿Necesita algo más, doctora? —dijo Esteve mientras dejaba el resto de mis cosas junto a la puerta.

—No, gracias, eso es todo. ¿Tendrás suficiente con los test que te he conseguido? —preguntó mi tía al paramédico.

—Sí, gracias. Le agradezco el que me los haya facilitado. —Estaba claro que ellos dos habían llegado a un acuerdo por sus servicios.

—Si necesitas más, me lo dices. Quizás pueda conseguir alguno.

—Gracias.

—Cuídate. —Los ojos de la tía parecían realmente preocupados por él.

—Lo haré. —Él llevaba una sonrisa bajo su mascarilla cuando se fue.

—Ya estáis aquí. —Un hombre en mangas de camisa bajaba por las escaleras hacia nosotras.

—Negativo. —Desiré alzó los test que nos habíamos hecho durante el trayecto. A mí me dejó muy tranquila saber que no estaba infectada de COVID.

—Menos mal, habría sido muy duro estar dos semanas separado de ti. —La tía pasó los brazos alrededor del cuello del hombre, que la abrazó con ganas. Realmente la había echado de menos. ¿Cuánto tiempo habrían pasado sin verse?

Después de darse algunos besos de esos dulces, ya saben, nada escandalosos, sino tiernos, Desiré tiró de su mano para acercarlo a mí.

—Quiero presentarte a alguien. Dennise, este es Robert, nuestro anfitrión y tu mecenas. —Así que él era el que había costeado mi matrícula en Yale. Con una casa como esta, seguro que podía permitírselo.

—Un placer conocerte, Dennise. Desiré habla maravillas sobre ti. —Estiró la mano hacia mí para saludarme de manera formal. Yo correspondí a su gesto.

—Encantada de conocerte, Robert. —No le llamé de usted, porque desconocía completamente su apellido, y no me pareció apropiado tratarle de señor, era demasiado formal si iba a vivir en su casa, y además mi tía y él parecían tratarse con mucho afecto.

—Hola. —Alcé la vista para ver a una chica más o menos de mi edad bajando los últimos escalones de la escalera. Su paso lento y elegante parecía muy estudiado, incluso su aspecto era refinado y demasiado perfecto para esas horas de la noche. Algo me decía que nos habían estado esperando, pero no parecía ser porque estuviese ansiosa por conocer a su nueva compañera de casa, era más bien como si estudiase a una rival. ¡Mierda!, ¿dónde me había traído la tía Desiré?

—¡Ah!, Eli, creí que estabas en la cama. —Robert extendió la mano hacia ella, animándola a acercarse a él—. Dennise, esta es mi hija Elisabeth. Estudia segundo de Historia del Arte en Yale. —La chica estiró el cuello con altanería.

—Encantada de conocerte. —Estiré la mano para saludarla, igual que hizo su padre antes conmigo. Ella aceptó el saludo, pero su apretón fue más breve, desganado. Como pensaba, no le caía bien, y ella no tenía ningún reparo en dejármelo claro.

—Lo mismo digo —respondió sin emoción.

—Supongo que traeréis hambre. Dorothy os ha dejado algo ligero. —Robert indicó el camino de la cocina con cortesía.

—Tengo tanta hambre que me comería una vaca —dijo en broma Desiré. Sonrió a Robert, pero cuando este no miraba, me hizo un gesto extraño con los párpados, como diciendo «ya te contaré». Más le valía, porque este tipo de cosas podía habérmelas comentado durante el camino.

Eli y Robert no comieron nada, pero permanecieron con nosotras mientras manteníamos una charla insustancial sobre Columbia y las

restricciones que se habían aplicado allí. Eli me puso al día sobre las diferencias con Yale, para que fuese preparándome. Campus diferentes, medidas diferentes, aunque no demasiado.

Alguien se había encargado de subir mis cosas a mi nueva habitación, supuse que Dorothy, pero era demasiado tarde para deshacer el equipaje. Rebusqué entre mis cosas para sacar mi pijama y mis útiles de aseo, ayudada por la tía Desiré. Prácticamente había hecho ella mi maleta, así que sabía perfectamente dónde había guardado lo que iba a necesitar para esa noche.

—Descansa bien esta noche, cariño. Mañana arreglaremos lo de traspasar tu expediente académico con administración. —Sus dedos arrastraron un mechón de mi cabello para colocarlo detrás de la oreja.

—No le caigo bien —susurré. Esperaba que Eli no estuviese escuchando detrás de la puerta, aunque no me sorprendería.

—No es a ti a quien odia, sino a mí.

—¿A ti? —pregunté curiosa. ¿Quién odiaría a una mujer tan cariñosa y dulce como la tía Desiré?

—Verás, las niñas siempre quieren a sus papás para ellas. Que su padre y yo empezáramos a salir no le sentó demasiado bien. El divorcio de sus padres lo tenía más o menos asumido, pero siempre albergó la esperanza de que se reconciliasen. Cuando su madre se echó novio, comprendió que eso no era posible. Así que se aferró a su padre. Él siempre la ha consentido y mimado, así que ella vivía en su propio cuento de hadas, hasta que aparecí yo. Ya sabes, la madrastra siempre es la mala del cuento.

—Eso es porque no te conoce —la defendí.

—Cuando madure un poco más entenderá que no soy su enemiga, pero hasta entonces, no puedo meterme en esa batalla. No tengo

fuerzas para pelear con una chica de 19, dos proyectos y una pandemia.

—Si puedo ayudarte en algo, sabes que lo haré. —Eli me odiaba, pero ya saben, es más fácil encontrar puntos en común con alguien de tu edad que con una mujer que casi le saca más de 15 años.

—Déjame a Eli a mí. Tú tienes otras cosas en las que preocuparte.

—Supongo que no estás hablando solo de mi último trimestre académico. —Noté el brillo en los ojos de mi tía.

—Ese otro proyecto lo iremos desarrollando poco a poco. Tú confía en mí, lograremos tus objetivos. —Se inclinó hacia mi oído para susurrar—: Los dos tendrán lo que se merecen.

La sonrisa que me dedicó fue como la de los malos de las películas, y me gustó estar en ese bando. Cuando volviese a cruzarme con Ray y Diana, estaría preparada y sería mala con ellos, muy mala. Otra vez resonó esa risa maléfica en mi cabeza.

Capítulo 11

Aunque Yale era diferente a Columbia, todos los campus universitarios en el fondo acaban pareciéndose. Y no, no es lo mismo tramitar el registro como otra alumna más, que hacerlo acompañada de la tía Desiré. Con ella no solo no había colas, sino que los funcionarios eran mucho más amables.

—Aquí tiene, doctora Williams. —La secretaria le entregó mi resguardo, en vez de dármelo a mí.

—Gracias, Anette. —Nos retiramos del mostrador con todo el trabajo ya hecho.

—Oye, tía, todos te llaman doctora Williams, pero se supone que mamá y tú tenéis el mismo apellido, Legrand. —Ella sonrió con algo de timidez.

—Ya sabes que aquí en Estados Unidos las esposas suelen tomar el apellido de su marido.

—¿Marido? ¿Te has casado? —Me sorprendía, porque algo así tendría que habérnoslo dicho al resto de la familia. Ya se sabe, con su ceremonia, banquete… Lo que se suele hacer en una boda.

—Digamos que el confinamiento precipitó la decisión, e hicimos una ceremonia muy sencilla. Solo nosotros dos en el registro civil. Con las medidas de distanciamiento social era imposible hacer una gran boda. Pero cuando todo esto pase, prometo que la haremos, con vestido, tarta y damas de honor. —Apretó mi brazo, como si de esa manera me dijese que yo sería una de ellas.

—El COVID ha cambiado mucho las cosas —convine con ella.

—En mi caso, más de lo que tenía pensado. En solo un mes pasé de quedarme a dormir esporádicamente en casa de Robert, a mudarme allí, casarme en una boda exprés y convertirme en madrastra de una jovencita. Por resumirlo de alguna manera. —Quería saber más, ¿qué le voy a hacer? Me gustan las historias románticas con finales felices, a ser posible con un poco de sustancia que le diese sabor, ya me entienden.

—Muy resumido. —Desiré soltó una carcajada, me tomó el brazo y nos arrastró a ambas hacia la salida.

—Contarte la historia completa requiere de un lugar tranquilo y algo caliente. —Me gustaba la propuesta, pero con las restricciones eso iba a ser complicado. A menos…

—Podemos hacerlo en casa. —Aunque fuese la mansión de Robert, podía llamarla así, casa.

—No creo que sea precisamente un lugar tranquilo. —Se inclinó para susurrarme al oído—: Demasiados oídos indiscretos.

—¿Eli? —Creí entender.

—Hay detalles que prefiero que ella no conozca. —Esperaba que esos detalles fueran jugosos.

—Detalles que tu sobrina se muere por conocer —confesé, provocando una sonrisa aún mayor, o eso suponía. Con la mascarilla hay que suponer esas cosas.

Nos alejamos del edificio de administración, pasamos por una cafetería para tomar un par de cafés y unas galletas para llevar y nos acercamos hasta su despacho. Como esperaba, estaba pegado a un laboratorio enorme, donde varios estudiantes seguían realizando experimentos, debidamente pertrechados con sus batas, guantes y mascarillas.

—Salvo por alguna cosa extra más, aquí no se han notado las medidas higiénicas por el COVID. —Me lo imaginaba. ¿Existe algún lugar más aséptico que un laboratorio? Creo que no.

Me puso una bata que sacó de su embalaje original, me extendió gel hidroalcohólico por las manos y me llevó hasta su escritorio. Eso sí, antes pasamos por los puestos de sus estudiantes para supervisar su progreso e indicarles que estaría en su despacho si la necesitaban.

No me preocupaba que el café pudiese enfriarse, pero había creado cierta inquietud en mi sed de conocimiento. Quería escuchar lo que tenía que contarme sobre su historia con Robert.

—Bien, ¿dónde lo habíamos dejado? —dijo al sentarse frente a mí.

—Ibas a empezar a contarme lo tuyo con Robert, desde el principio —puntualicé, provocando su sonrisa. Al menos en su despacho, mientras tomábamos ese café con galletas, podríamos vernos las caras.

—Está bien. Supongo que lo correcto sería contarte cómo le conocí. —Mi trasero se reacomodó mejor en la silla, estaba lista para la historia—. Aunque… —se acercó a mí de forma cómplice y misteriosa— quizás deba empezar mi historia un poquito antes. — Sus palabras me intrigaron.

—¿Qué ocurrió antes de que conocieras a Robert? —pregunté inocente.

—Que conocí a María. —Me parecía a mí que le estaba dando demasiado misterio, pero le seguiría la corriente.

—Y María es importante porque… —dejé sin terminar la frase para que ella lo hiciera.

—Porque María me convirtió en una cazadora —sentenció.

—Vale, estoy perdida. ¿Una cazadora de qué?

—Antes de seguir debes hacer un juramento, uno que jamás, bajo ningún concepto, deberás romper —dijo seria.

—No puedo jurar algo que desconozco.

—Debes jurar que nunca revelarás la existencia del club de las cazadoras, a nadie. Nuestro anonimato nos protege y al mismo tiempo nos hace fuertes. —No veía ningún problema, o eso esperaba. ¿Sería algo así como el club de los poetas muertos?

—Si tú estás en él, guardaré el secreto. —Ella sonrió.

—Debes jurarlo —aclaró.

—Juro guardar en secreto la existencia del club —dije con la mano sobre el corazón.

—También juras cumplir sus reglas.

—¿Qué reglas?

—La primera acabas de jurar cumplirla; jamás revelar la existencia del club. La segunda es que jamás perseguirás la presa de otra hermana. Y la última, siempre ayudarás a una hermana a atrapar a su presa. —¿Dónde me estaba metiendo? Pero algo me decía que, si ella me lo estaba proponiendo, es que sería bueno para mí. Y si no lo era, en fin, siempre podría regresar a Europa. Francia tenía muchos encantos, y allí estaba el resto de la familia.

—Juro cumplir las normas del club —dije con convicción.

—Bien —dijo satisfecha—. Cuando conocí a María yo estaba desesperada por conseguir financiación para mi segundo proyecto. El rector me dejó claro que no había fondos y que, si quería seguir con mi investigación, debía mover el culo y conseguirlos. No es que

me pidiese algo poco ético, tan solo que acudiese a la gala de la universidad, socializara con los posibles benefactores y consiguiese un cheque con bastantes ceros. El caso es que yo era joven, inexperta, y como científica había pasado la mayor parte del tiempo con la nariz metida entre mis libros. El caso es que no conseguí que ninguno de los benefactores se parase siquiera a escucharme. Aunque me armé de valor y abordé a algunos de ellos, mis explicaciones sobre mi proyecto acabaron aburriéndolos o espantándolos. Cuando ya lo había dado todo por perdido, María se acercó a mí, me extendió un cheque y me dijo que veía potencial en mí; si lo deseaba, me enseñaría a engatusar a los fósiles forrados de dinero para que me abriesen su cartera.

—¿Te enseñó a seducir a los hombres? —dije sorprendida.

—Me enseñó mucho más que eso, me enseñó a cazar.

Capítulo 12

—No entiendo dónde está la diferencia. ¿Cazar un hombre no es lo mismo que seducirlo? —Miré a mi alrededor al decirlo, temiendo que alguno de los alumnos del laboratorio pudiese escucharme.

—Podría parecerlo, pero no lo es. No es lo mismo salir a pescar un domingo con tu padre que hacerlo de manera profesional. Cualquier mujer, con un poco de seguridad en sí misma, puede seducir a un hombre. Una cazadora es un animal diferente, un gran cazador. Y he dicho cazador, no depredador. Una cazadora no va dejando un reguero de cadáveres a su paso.

—¿Tratas de decir que solo caza a un hombre? Porque los cazadores no solo consiguen una sola pieza, sino varias. —Mi mente viajó a una imagen de una pared cubierta de cabezas de varios animales diferentes, como las de esos cazadores que presumen de sus piezas.

—Una cazadora tiene un objetivo en mente y se prepara para conseguirlo. En algunas ocasiones una mujer se prepara para conquistar al hombre del que está enamorada, uno que está fuera de su alcance. Otras, como es tu caso, una mujer se prepara para hacerle pagar a ese hombre el daño que le ha hecho.

—¿No sería mejor que alguien me enseñara a cortar testículos con un cuchillo de monte? Porque te prometo que esa idea se ha pasado muchas veces por la cabeza. —Desiré soltó una sonora carcajada.

—Podría darte la razón, muchos lo merecen, pero voy a ofrecerte algunos argumentos que te ayudarán a entender por qué no es buena idea.

—Lo sé, empeoraría mi situación. Y no, no quiero acabar en prisión por agredir a otra persona.

—Exacto. Se trata de hacerle pagar, pero no consiguiendo que pierdas tu futuro al hacerlo.

—Eso es lo que me ha frenado —aseguré.

—Además, lo que puedes hacerle a ese hombre va a dolerle más, y no podrá resarcirse del daño que le hagas porque los que están a su lado probablemente te elijan a ti antes que a él.

—Parece que, en vez de seducir a un hombre, tenga que seducir a varios.

—Yo más bien diría que vas a jugar con todos, pero solo necesitas que la piel de uno adorne tu salón.

—Así como lo dices suena complicado. —No me veía yo encandilando a un grupo de hombres, y mucho menos a Ray sucumbiendo a mis encantos. Ya nos habíamos acostado juntos, y prefirió a Diana y su experiencia sexual. Yo estaba en desventaja.

—Pilotar un avión no es fácil, pero ahí tienes a los pilotos.

—Pero ellos estudian mucho tiempo y practican horas en simuladores antes de ponerse a los mandos de un avión. —Y tampoco se ponían a pilotar un Airbus con trescientos pasajeros, empezaban por máquinas más pequeñas.

—Y eso es lo que vas a hacer tú, cariño. Vas a prepararte para pilotar esa aeronave, y yo voy a ser tu instructora.

—Ufff, no sé si estoy preparada para eso —reconocí. Para mí era demasiado.

—Lo estarás, puedo asegurártelo. —La tía Desiré me sonrió de una extraña manera mientras llevaba el vaso de café a sus labios.

—Está bien, ¿por dónde empezamos? —cedí.

—Como todo proyecto, hay que planificar nuestros pasos, calcular los tiempos y conseguir el material y medios que necesitaremos. Pero lo más importante es tener un objetivo claro, y ese le tenemos.

—Ray —dije en voz alta.

—Bien. Entonces podemos ir preparando la lista con lo que necesitamos. —Cogió un papel y empezó a escribir en él—. Necesitas terminar tu doctorado en jurisprudencia con una nota excelente.

—Creo que eso puedo conseguirlo. —Solo tenía que continuar como hasta ahora. Esperaba que ningún profesor me lo pusiera difícil. Aunque algo me decía que teniendo a la tía Desiré de por medio, eso seguramente no ocurriría.

—Hacerlo en una universidad de prestigio ya podemos tacharlo. —Hizo en el aire esa marca de «conseguido» al terminar la frase.

—Y tendré que cursar una maestría en derecho deportivo —añadí.

—Veo que la parte académica la tienes clara.

—Es lo único —confesé.

—Para muchas esa sería la parte más difícil.

—¿Intentas darme ánimos?

—Yo era igual que tú, Dennise. Si yo pude hacerlo, tú también.

—Vale. ¿Y cuál es el plan?

—Tranquila, pequeña, todavía no hemos terminado con lo que necesitas.

—¿Hay más?

—Cuando se envía a un militar a una misión, no se escoge al más listo de la clase, sino al más idóneo, y eso incluye no solo conocimientos, sino preparación física y alguna cualidad extra que pueda beneficiarle, como por ejemplo idiomas, conocimiento del terreno, ese tipo de cosas.

—¿Vas a enseñarme a pelear? —Era eso lo que me estaba diciendo, ¿verdad?

—Hay que pulir tu físico, Dennise, será tu arma más decisiva. Si la primera impresión no es buena, puedes olvidarte.

—¿No estarás insinuando cirugía? —Reconozcámoslo, yo no tenía los atributos de Diana.

—Hay mucho que se puede hacer antes de llegar a ese extremo, cariño. Normalmente la cirugía se utiliza por dos motivos, o hay una deformación que hay que corregir, o la autoestima de la mujer necesita un refuerzo. Tú no entras en ninguno de los dos supuestos.
—Ya, eso lo decía ella.

—No tengo los pechos grandes como les gusta a los chicos —reconocí.

—Cualquiera puede someterse a un aumento de pecho, Dennise. La elegancia y la seguridad no se consiguen con un bisturí. Y créeme, cuando termine contigo, tendrás de ambas lo suficiente como para no necesitar impresionar con unos pechos grandes o labios gruesos.

—Las feas no seducen —le recordé.

—Existen pocas mujeres feas, y tú no eres una de ellas. Lo único que te hace falta es aprender a sacarte partido. Un poco de maquillaje, acertar con el atuendo adecuado, la manera de moverte, aprender a pensar antes de hablar... Todo eso hará de ti una mujer que deja una huella difícil de olvidar, pero en el buen sentido.

Sus palabras, su forma de decirlas, me dieron la seguridad, la confianza, de que podía alcanzar el nivel que ella decía. Ray, ya puedes ir preparándote, porque no podrás escapar.

Capítulo 13

Repasé la hilera de libros que tenía en mi estantería. Me negué a que fuesen nuevos, me servían unos de segunda mano, como los que se pueden encontrar en el banco de libros de la universidad. Pero no por ello dejaban de tener ese magnetismo de las cosas nuevas, para mí lo eran. Todo el conocimiento que estaba entre sus páginas era desconocido para mí, aunque sería por poco tiempo.

—¿Estás lista? —Giré el rostro hacia la voz que provenía de la puerta de mi habitación, Desiré me sonreía de esa manera que avisaba de que lo que venía me iba a gustar.

—¿Para qué? —Esperaba que no fuese una costumbre de ricos, como vestirse apropiadamente para la cena. Primero, porque eso ya no se utilizaba, ¿o sí? Y segundo, porque era realmente muy pronto.

—Para nuestros ejercicios. —Me fijé en su atuendo; llevaba unas mallas de deporte y una camiseta de manga corta.

—¿Ahora? —Me había comentado que tenía que trabajar mi físico, pero no esperaba que fuese precisamente el mismo día.

—Ponte algo cómodo. Por ser tu primer día, seré indulgente contigo.

Después de media hora, a mi cuerpo no le pareció que lo fuera. Me dolían todos los músculos, pero no en plan «me he roto algo», sino más bien como «ya es hora de que te dieses cuenta de que existimos». Lo que no se usa se atrofia, y yo tenía músculos que no había usado en mi vida. Al día siguiente tendría agujetas en lugares que ni siquiera sabía que podían tenerse. Pero como dijo Desiré, no has hecho bien tus ejercicios de Pilates si al día siguiente no tienes agujetas. Doy fe de que debí hacerlos a la perfección.

Parecía una abuela de 95 años con reuma avanzado mientras recogíamos los aparatos que habíamos utilizado para ejercitarnos. Al único al que salvaría era aquella pelota gigante en la que había estirado la espalda. Al resto los odiaría para toda la eternidad.

—Estoy molida —escapó de mis labios, mientras trataba de enderezarme sin mucho éxito.

—Te acostumbrarás —dijo mi tía con una sonrisa.

—Voy a meterme bajo la ducha de agua caliente durante una o dos horas.

—Apenas has sudado. —¿En serio? Pues me sentía como si hubiese escalado el K2.

—Primitivo. —La voz de Eli llegó desde la entrada a la sala de ejercicios en la que estábamos. Nos observaba con un gesto de repugnancia y superioridad que era difícil de ignorar. Estaba claro que sabía que su padre no le recriminaría ese gesto, porque no estaba presente. Esta era la Eli que escondía a todo el mundo, estaba segura.

—Mi invitación sigue vigente, Eli. Puedes unirte cuando quieras. —Aquel comentario me dijo que la tía Desiré había tratado de incluirla en sus actividades. Pero está claro que, si alguien te odia, no hará el mínimo esfuerzo por ser tu amigo.

—No, gracias. Prefiero seguir con lo mío. —Se dio la vuelta para irse, llevándose consigo su nariz arrugada.

—¿Qué es lo suyo? —pregunté curiosa.

—Básicamente no comer, sesiones de presoterapia y cualquier técnica estética que esté de moda y cueste un pastizal. Su padre no es capaz de negarle nada a su pequeña. —La expresión de Desiré se tornó triste—. Algún día se dará cuenta de que no tiene que comprar

el afecto de Eli con dinero, porque no es a él a quien querrá, sino a su cartera.

—Supongo que todos los padres divorciados hacen lo mismo, malcriar a sus hijos para ganarse su afecto por encima del otro progenitor.

—Robert no lo hace por competir con su exmujer, sino porque se siente culpable.

—¿Fue su culpa el que se rompiese el matrimonio? —Muchas cosas pueden romper una relación: una infidelidad, el fin del amor o descubrir que no te has casado con la persona que creías. Mi relación con Ray se rompió por todo ello a la vez.

—Si hay que culpar a alguien, diría que fueron las expectativas. —Eso estaba fuera de cualquier motivo que hubiese esperado.

—¿Expectativas? —Desiré me tendió una botella de agua y me empujó para que saliéramos de la sala de ejercicio.

—Eran muy jóvenes y ambos esperaban algo diferente de un matrimonio. Ella pensó que su marido pagaría el ritmo de vida al que estaba acostumbrada, sin tener que aportar nada más que un hijo. Y él quería una compañera, una amiga con la que compartir la carga del día a día, y no una hija adolescente a la que satisfacer sus caprichos. Si te preguntas cómo es la ex de Robert, solo tienes que ponerle un par de décadas más encima a Eli.

—¿Una muñeca de exposición por fuera y una víbora caprichosa y retorcida por dentro? —Mi observación arrancó una carcajada de Desiré.

—Tienes un don para catalogar a la gente. —Ya, con Ray no acerté precisamente. Pero en mi defensa diré que con Eli era fácil, ella no fingía tan bien como lo hizo Ray.

—No a toda. —Su sonrisa se desdibujó.

—Aprenderás, la vida es una gran maestra. —Me pasó un brazo por los hombros, para luego aprisionar mi cuello y pegarme a ella de forma traviesa—. Y ahora vamos a por esa ducha. Tengo planes para esta noche. —Me guiñó un ojo de forma cómplice.

—Estamos en plena pandemia, no podemos salir por ahí —la acusé.

—¿Quién ha dicho nada de salir? —Me dio un cariñoso azote en el trasero.

¿Por qué me sorprendía? En la mansión había de todo y no hacía falta salir para casi nada. Si quería tener una cena romántica con su marido, no solo le prepararían una cena deliciosa en un lugar íntimo, sino que después no tendría que esperar a llegar a casa si la cosa se calentaba. ¿Por qué pensaba en esas cosas? Sacudí la cabeza para sacarme esas ideas de novela romántica de la cabeza.

Puede que la tía Desiré hubiese encontrado a su príncipe, uno con el que vivir ese cuento especial que se merecía. Pero mi objetivo no era ese, sino cobrarme una deuda que tenía con la persona que rompió mi «felices para siempre». Los cuentos con finales felices ya no eran para mí.

Capítulo 14

Varios meses después...

No podía dejar de mirar mi reflejo en el espejo, admirando los cambios que se habían producido en mi cuerpo en este tiempo. Mi figura había tomado forma, mi carne estaba más prieta y los músculos estaban más definidos, que no abultados, eran... Toda yo era una versión bastante mejorada. Ya no tenía un cuerpo de adolescente, me estaba convirtiendo en una mujer, pero no en una cualquiera, sino una más fuerte. Y no me refiero a la fuerza de mis músculos, sino a lo que transmitía.

Pero el gran cambio no estaba en el exterior, sino dentro de mí, y podía verse en mis ojos. Tenía más seguridad, más confianza, y sobre todo me sentía más poderosa. El plan maestro que Desiré me había preparado estaba en marcha, y yo estaba cumpliendo los objetivos marcados.

Terminé de vestirme para esa salida que teníamos programada al club de campo. La vida estaba regresando a esa normalidad que cacareaban los medios, y la gente estaba desesperada por volver a lo de antes, incluso diría que todos teníamos más ganas de salir y respirar esa libertad que no supimos apreciar. Nada como que te quiten algo para valorarlo más.

Nunca había ido a esos sitios de gente adinerada y elitista, pero Desiré me dijo que no era un acto al azar, teníamos que empezar a conseguir esos contactos que necesitaría para el futuro, y nada como acudir a un punto de encuentro social donde se reuniría la flor y nata de las élites. Seguro que habría alguien importante que me interesaría conocer. El tejido empresarial se basa no solo en los

productos o el valor de la empresa, sino también en los contactos que tengas.

Revisé de nuevo la ropa que iba a ponerme; algo elegante, sobrio, pero sin dejar atrás esa parte juvenil que atraería a la gente mayor. Reconozcámoslo, un hombre de negocios se prepara para la guerra cuando entra en modo negocios, pero se siente relajado y más receptivo a los contactos cuando no advierte peligro, como cuando ve a una chica bonita que apenas acaba de salir del cascarón. Es más, muchos se sentirían importantes por el simple hecho de abrirle la puerta hacia ese nuevo mundo desconocido para ella. A los hombres ricos e importantes les encanta hacerse un Pigmalión.

El vestido estaba bien, pero lo que definía realmente el conjunto eran los zapatos; unos inocentes zapatos de salón sin tacón. Los hombres enseguida relacionan zapatos de tacón alto y estilizado con algún sueño erótico. Un zapato sobrio y carente de *sex appeal* me ayudarían a transmitir esa imagen inocente y aniñada que buscaba, la que decía: «Eh, estoy a punto de saltar al mundo de los adultos, ¿puedes guiarme?».

Mientras caminaba por el pasillo, en dirección a las escaleras que llevaban a la parte baja, me di cuenta de que Desiré estaba medio oculta, a todas luces escuchando la conversación a gritos que estaban manteniendo Eli y su padre. Me acerqué a ella con sigilo, tomando su mano para indicarla que estaba allí. Me hizo un gesto con la cabeza para que yo también escuchara.

—No puedes mantenerme aquí encerrada hasta que a ti te dé la gana, soy una adulta —gritó Eli a pleno pulmón. Debían llevar un rato discutiendo, porque su tono sonaba demasiado crispado.

—Una adulta se paga sus facturas. —Robert también parecía enfadado.

—Cuando cumpla los veintiuno me iré de esta casa y no volverás a verme, jamás. —Casi esperé escuchar un portazo, porque era de ese

tipo de frases con los que uno termina la conversación.

Desiré tiró de mí para que ambas apareciésemos en lo alto de las escaleras. Empezamos a bajar y nos cruzamos a mitad de camino con una Eli que pisaba con odio cada escalón. La mirada que nos dedicó, sobre todo a Desiré, podría haber provocado sangre.

Desiré me detuvo con un gesto, para que no entrase al salón al mismo tiempo que ella. Estaba claro que necesitaba mantener una charla en privado con Robert, una que yo iba a escuchar a escondidas, claro. Justo en el momento en que Desiré estaba cruzando el umbral de entrada, escuchamos un fuerte portazo en la planta superior. No hacía falta ser un genio para deducir que esa había sido Eli entrando en su habitación, declarando de forma violenta que estaba enfadada.

—No puedo con ella —escuché suspirar a Robert, derrotado.

—Os estáis haciendo daño sin necesidad. —La voz de mi tía era suave, conciliadora.

—Es ella y sus caprichos los que lo ponen difícil —protestó. Escuché el crujido del sofá cuando se sentaron.

—Tiene razón en una cosa. Cuando sea mayor de edad podrá hacer lo que quiera y no podrás impedírselo.

—No podrá hacer nada si le cierro la tarjeta de crédito —contraatacó ofuscado.

—Si quiere irse, yo le dejaría, pero con tus condiciones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó curioso.

—Entiéndela, no pudo regresar a la independencia de su hermandad, el confinamiento y su padre se lo quitaron. Está desesperada porque cree que está perdiendo esas experiencias que

se viven a los 19. El tiempo pasa y cada año tiene sus propias experiencias. No podrá recuperar lo perdido, porque esa madurez la alcanzará antes de haber sido libre, como ella quiere.

—Pero era por su seguridad. Su madre me mataría si le ocurre algo a Eli mientras está bajo mi cuidado.

—Ya está vacunada, se siente lo suficientemente segura como para volver a vivir lo que le queda de su adolescencia. Pero el caso aquí es lo que os está separando, y eso no es otra cosa que lo mismo de siempre, da igual el COVID. Ella quiere independencia, alejarse del control paterno.

—Y yo quiero su seguridad. Todavía no es seguro que vuelva a su hermandad con toda esa gente. —Según los científicos lo que había que hacer era mantener las medidas de distanciamiento social con personas que no están en nuestro círculo.

—¿Y qué tal si le das esa libertad de otra manera?

—¿A qué te refieres?

—El contrato de mi apartamento todavía sigue vigente. No podía dejar de pagar el alquiler o perdería la fianza. —Se justificó, al tiempo que dejaba en el aire la sugerencia.

—¿Estás sugiriendo que Eli ocupe tu apartamento?

—Si era bueno y seguro para mí, lo será para ella.

—No sé. —Podía imaginar a Robert rascándose la nuca mientras lo sopesaba.

—Puede que lleve alguna compañera o amigo a su piso, pero ya se dará cuenta de que tiene a la Gestapo como vecinos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es precisamente una fraternidad o una residencia de estudiantes. Hay algunos vecinos mayores que se encargarán de recordarle que ese tipo de visitas, o el ruido de música alta, no son toleradas. Si no he olvidado a la señora Harris, ella y su perrito pekinés estarán golpeado su puerta a la menor infracción.

—Eso me gusta. —No creo que le gustase tanto a Eli.

—Además, viviendo en su propio apartamento, nadie se encargará de las tareas que aquí hace Dorothy. Tendrá que apañárselas por su cuenta. —Ya, con una línea de crédito, seguro que contrataría a alguien para que le limpiase la casa. Las niñas pijas siempre serán niñas pijas.

—Si limito el crédito de su tarjeta se verá obligada a ajustar su presupuesto a lo estrictamente necesario. —Conociendo a Eli, seguramente eso serían cosméticos de calidad y ropa cara. Pero como decía mi madre, puedes no limpiar, pero cuando los bichos empiecen a corretear a tu alrededor, o huelas como un cadáver, ya verás cómo te pones a ello.

—Nada como la vida real para asimilar una buena clase de economía doméstica. —¿Desiré estaba sonriendo? Oh, era malvada.

—No creo que acepte ir a vivir a tu apartamento —reconoció Robert con frustración.

—Eso déjamelo a mí. Sabes que se me da bien ese tipo de negociaciones. —Pues claro, ella era especialista en hacer que los potentados ricachones hiciesen donaciones a la universidad. Seguro que convencería a Eli para que aceptase la oferta.

—Pero yo pagaré el alquiler de tu apartamento, y eso no es negociable.

—Oh, eso no...

—Y deberías habérmelo comentado. No quiero que soportes gastos innecesarios, sobre todo porque es mi culpa que cambiases de residencia. —¿Su tono era acaramelado? Seguro que la estaba abrazando.

—Tampoco pensaba renovar mi contrato. —Me asomé un poco y vi a la tía Desiré con los brazos alrededor del cuello de un encantado Robert.

—Eres la señora Williams, es mi privilegio cuidar de ti. De los dos. —¡Oh, mierda! Le estaba mirando el estómago. ¿Quería decir que...?

—Otro motivo más para que Eli se vaya de casa. No podré lidiar con dos bebés caprichosos al mismo tiempo. —Embarazada, estaba embarazada.

—Tarde o temprano se va a enterar, Desiré.

—¿No podemos esperar a que el bebé haya salido? El embarazo ya será bastante duro, no quiero tener a tu exmujer llamando cada dos por tres para amargarme la existencia.

—Rebeca no se acercará a ti, ni a nuestro bebé, te lo prometo.

—Bien, porque no quiero tener que explicarle a Eli el motivo por el que su madre tiene una orden de alejamiento. —Yo misma solicitaría esa orden, a fin de cuentas, ya era una abogada.

Capítulo 15

Si alguna vez me pregunté cómo era la madre de Eli, ese mismo día tuve mi respuesta. Era una Eli con 25 años más, al menos físicamente. En cuanto a su interior, diría que era mucho más calculadora y retorcida que ella. Era normal, los años te dan experiencia. Pero si existía un apelativo que la definiera, sería envidiosa.

La abuela Nekane tenía una frase para este tipo de personas, decía que eran como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. A la amona Nekane le encantan los dichos y refranes populares españoles. Como decía, Rebeca Carrington, anteriormente conocida como Rebeca Williams, era una envidiosa que creía que todo era suyo. Por eso odiaba a mi tía Desiré, porque había llegado a ocupar el puesto que antes ocupó ella. Le escocía mucho que Desiré ahora fuese la señora de Robert Williams, y no por el hecho de ser la esposa de un importante hombre de negocios de buena familia, sino porque aun después del divorcio, seguía manejándolo a su antojo.

Robert es demasiado bueno. Puede ser despiadado e impecable en los negocios, pero se dejaba dominar por las mujeres de su familia. No podía negarles nada. Rebeca lo sabía, por eso conseguía exprimirle tanto como quería, incluyendo todos los gastos de Eli. Ella también tenía recursos económicos propios, pero prefería dedicárselos a sí misma que desperdiciarlos en su hija.

Que Rebeca estuviese ese día en el club no era una sorpresa, a fin de cuentas, todo el mundo estaba deseoso de regresar a los actos sociales, y servía cualquier pequeña excusa para celebrar uno. Lo que no era usual era que fuese directa a por Robert nada más verlo. Estaba claro que quería mantener una conversación privada con él.

—Le ha faltado tiempo —dijo Desiré a mi lado antes de darle un trago a su limonada.

—¿Crees que son problemas? —pregunté. Ella la conocía mejor y seguro que intuiría lo que estaba pasando.

—¿No escuchaste bufar a Eli en el coche mientras enviaba mensajes con su teléfono? Si tuviera que apostar, diría que le estaba contando a su madre las últimas noticias. Concretamente, la restricción de su línea de crédito. —Desiré me señaló con la cabeza en la dirección que se habían ido Robert y Rebeca.

Estaban allí, al fondo del campo, manteniendo una conversación que no querían que nadie escuchase. Pero es fácil adivinar lo que dice la gente si estás atento a su lenguaje corporal. Rebeca estaba echándole un buen rapapolvo a Robert. Sus manos, sus brazos, su postura, su boca… todo indicaba que estaba muy enfadada, pero, además, estaba disfrutando de tener algo que recriminarle.

La mirada de Robert se deslizó hacia Desiré un par de veces, era evidente que estaban hablando de mi tía. ¿Culpándola de aquella decisión? Yo lo había escuchado todo y no había sido idea suya, el primero en amenazar con cortarle el suministro fue él.

—Te está echando la culpa —le indiqué a Desiré. Ella estaba viendo lo mismo que yo.

—Está haciendo más que eso, está tratando de minar nuestra relación. —Para que luego digan que las suegras son las que provocan las rupturas de los matrimonios, las exmujeres también tenían poder. Solo esperaba que Desiré pudiese darle la vuelta a todas sus acusaciones.

—Ojalá hubiese una manera de alejarla de vosotros. —Desiré hizo un ruido raro con la garganta, un intento de risa ahogada.

—El único que puede romper esa relación tóxica es Robert; si no lo hace, no será el hombre por el que merece la pena luchar. —La miré con atención, ¿estaba diciendo que le abandonaría? No podía, estaba esperando un bebé, su bebé. Nunca me pareció un hombre que cediera ante los demás, creí que era de los que pelearían por lo que quiere. Pero claro, no debía olvidar que era el mismo que le daba a la caprichosa de su hija todo lo que pedía.

Pasara lo que pasara, la tía Desiré era lo bastante fuerte para salir adelante sola, aunque tuviese que lidiar con su trabajo y un bebé. Y también me tenía a mí, porque si ella vino en mi ayuda cuando lo necesité, mi venganza podía esperar, ella estaba primero.

—Equivocarse es más común de lo que uno piensa. —Yo también lo había hecho. Desiré debía asumir que no era la única, todos nos equivocamos. El amor nos vuelve tan ciegas a veces…

—Yo no lo hice. Encontré el diamante. —Sus ojos seguían mirando en dirección a ellos, así que seguí su mirada para encontrar lo que ella veía. Robert estaba serio, con sus brazos cruzados y hablando con tranquilidad. Fuese lo que fuese, no le estaba gustando a Rebeca. De repente, él dio por terminada la conversación y la dejó plantada. Rebeca no podía creerse lo que le había dicho, o al menos eso reflejaba su expresión. Debía de ser algo bueno, porque Desiré estaba sonriendo—. Solo había que pulirlo un poco. —Desiré me guiñó un ojo.

Observamos como Robert se acercaba a nosotras. Besó a Desiré en los labios y la tomó por la cintura para pegarla a su costado, dejando claro a todo el mundo, sobre todo a Rebeca, que su actual esposa era la única que importaba.

—¿Todo bien? —preguntó Desiré.

—De maravilla.

Más tarde me enteré de que Robert le había dejado claro a su ex que él pagaría el apartamento de Eli, pero que del resto de sus gastos debía encargarse ella. Ella era hija de ambos y, por lo tanto, era responsabilidad compartida ayudarla en su emancipación. Y que esa ayuda por parte de Robert acabaría con el vencimiento del contrato de alquiler. Si Eli quería seguir siendo independiente, tendría que buscarse otra fuente de recursos, y si fuera por Robert, ya podía ser ella misma.

Lo veía bien, ¿dónde había oído esa frase de que el trabajo dignifica? No sé si es verdad, pero sí sé lo que es tener que trabajar para pagar lo que quieres tener. En mi caso fue mi ordenador portátil. Me lo compré con el sueldo que gané trabajando como dependienta en una heladería durante el verano. Saber lo que cuesta ganar el dinero te hace apreciarlo más.

—Ah, Dennise. Me gustaría presentarte a David y a su abuelo, Abbot Grantshow.

No, mi tía Desiré no me estaba emparejando con David. Daba la casualidad de que su abuelo estaba en la junta directiva de los New York Rangers, el club de hockey sobre hielo. Ese sería mi primer contacto con el mundo deportivo profesional. Eli enseguida se metió de por medio, ¿un chico de buena familia y con dinero? Ella no perdería esa oportunidad. Por suerte, el que a mí me interesaba era su abuelo.

Capítulo 16

A la familia normalmente no la escoges, la mayoría te toca en suerte. No podía dejar de pensar en la mala suerte que había tenido Desiré con la familia de Robert. Eli no solo era caprichosa y egocéntrica, era mala, por eso sonreía como el gato que se comió al ratón mientras regresábamos a la mansión.

Lo único bueno que tenía era que no era muy lista. Creía que había ganado la batalla por haber acaparado la atención de David, como si arrebatármelo le supusiese la obtención de un trofeo que yo pretendía conseguir. Pues había fallado, ese no era mi objetivo. Como también falló en azuzar a su madre en contra de su padre, pero de eso ya se iría dando cuenta cuando Rebeca le pusiese límite a sus gastos.

Y hablando de objetivo, siguiendo el ofrecimiento de Abbot Grantshow, me presenté en sus oficinas unos días más tarde. Me dijo que si quería ver cómo funcionaba el equipo legislativo de un club deportivo, solo tenía que acercarme a las oficinas de los Connecticut Whale, que es una filial de los New York Rangers.

Me acerqué a la recepción para anunciarle mi llegada.

—Buenas tardes —saludé.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Puede avisar al señor Abbot Grantshow? Soy Dennise Legrand. —¿Por qué estaba dando el apellido de mi madre? Pues porque, según dijo la tía Desiré, hay que ponérselo fácil.

Si quería que recordasen mi nombre, no podía darles un apellido complicado como era Urtaritz, porque no lo memorizarían y seguro que lo escribirían mal. No olvidemos que siempre que buscas información sobre un abogado, lo primero que haces es ir a internet, y no encontrarás algo que no existe. Con el objetivo de que mis clientes me encontrasen, era mejor darles algo más fácil. Lo sentía por papá, pero tendría que entender que no renunciaba a su apellido, sino que tenía que desplazarlo a un segundo lugar.

—Le avisaré. Acomódese en la zona de espera. —La recepcionista me señaló la zona de asientos a un costado.

—Gracias.

Me senté en una butaca, cerca del sofá de dos plazas en el que esperaban una joven de unos 18 y un chico que rondaría los 22. Compartimos una sonrisa cortés, de esas que se dan a desconocidos cuando se ven obligados a compartir espacio por un rato.

La joven vestía de forma casual, más bien informal, con unos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. Él, por el contrario, llevaba una chaqueta de vestir y zapatos más formales. Su cuerpo era atlético y tenía una pequeña cicatriz en la ceja derecha que le daba un toque sexy a sus ojos rasgados. Se le notaba nervioso, porque su mano se movía continuamente de su rodilla hacia su corbata.

—¿Sanders? —Todos nos giramos hacia el recién llegado, era Abbot.

—Sí. —Los otros dos se pusieron en pie.

—Soy Abbot Grantshow, hablamos por teléfono hace unos días.

—Le recuerdo —dijo el chico.

—Bien. Me gustaría charlar contigo para explicarte nuestro proyecto. —El chico desvió la mirada hacia la chica.

—De acuerdo.

—Dennise, voy a atender a Sanders, no te importa esperar unos minutos, ¿verdad?

—Sin problema. —¿Qué otra cosa le iba a decir? Y además le regalé una delicada sonrisa, de esas de «no estoy encantada, pero haré lo que me pide».

—¿Y esta jovencita? —preguntó Abbot señalando a la chica.

—Es mi hermana, Susan —la presentó el chico.

—Supongo que se aburrirá mientras te explicamos todo el asunto. Dennise, ¿te quedarías con ella mientras espera? —Bonita manera de pasarme la patata caliente.

—Será un placer. —Le sonreí a la chica, indicándole que, si bien ellos no la querían cerca, conmigo estaría mucho mejor. Sé lo que es sentirse desplazada. Por un momento, me pareció reconocerme en ella cuando tenía su edad.

—Estupendo. ¿Me acompañas? —El chico le dio una última mirada a su hermana, como asegurándose de que se quedaba en buenas manos. Nada peor que quitarle el único apoyo a alguien que está nervioso.

—Cuidaré bien de ella —prometí. Él me sonrió en agradecimiento.

Ambas observamos mientras se alejaban por el pasillo hacia la zona de los despachos.

—Soy Dennise. —Extendí la mano para saludarla con formalidad.

—Susan —correspondió con timidez. Tenía que hacerle sentir menos cohibida, así que busqué algo con lo que empezar una conversación que le fuese interesante. No tuve que ir muy lejos. Abandonado

sobre el asiento estaba el folleto universitario que ella había estado ojeando hasta hacía unos segundos.

—¿Yale? —pregunté mientras apuntaba con la mirada.

—Sí.

—¿Quieres inscribirte para este curso?

—Me gustaría, su programa de ciencias es magnífico. Pero no depende de mí. —Su mirada se desvió hacia el pasillo por el que se había alejado el chico.

—Ah. Creo que, si de verdad quieres estudiar en Yale, al menos deberías intentarlo. —Ella torció el gesto. Supuse que podría ser un problema de dinero.

—Todo depende de con qué equipo firme mi hermano, de momento solo estoy valorando las opciones. —Vale, ahora lo entendía.

Como hermano mayor, él cuidaría de su hermanita. Un contrato con un club le facilitaría una residencia y unos ingresos. Vivirían juntos y, mientras él jugaba, ella estudiaría en la universidad.

—Entonces esperemos que el club quiera contratarlo.

—Oh, Jason es muy bueno, todos quieren ficharlo para la próxima temporada. Los Connecticut Whale no es el único equipo interesado en él. Ya hemos tenido dos entrevistas, y nos quedan otras tres después de esta. —Por su forma de hablar, parecía que lo había acompañado a todas ellas.

—Y supongo que habrás investigado todas las universidades que quedan cerca de esos equipos —deduje.

—Sí. —Sus ojos vacilaron un segundo, como si el folleto de Yale tirase de ella.

—Pero no son Yale —dije de forma tentativa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —se atrevió a decir.

—Claro.

—No tendrás nada que ver con la doctora Legrand de Yale, ¿verdad?

—¿Desiré Legrand? —La tía Desiré se había cambiado el apellido después de su boda, pero había sido cosa reciente, así que mucha gente seguía llamándola por su apellido de soltera.

—Sí, ella. —La vi reacomodarse mejor en el asiento, como intentando acercarse más a mí.

—Es mi tía. —Sus ojos brillaron como si le hubiese dicho que tenía una entrada de más para ver a Taylor Swift.

—Su estudio sobre el espectrómetro de masas aplicado a la biotecnología molecular es alucinante. —Genial, no había entendido más que la palabra estudio.

—Sí, eso he oído. Pero yo no entiendo nada de eso, lo mío son las leyes. —Tenía que cortar ese hilo de conversación antes de que se animase demasiado.

—Me gustaría hacerle tantas preguntas. —Se mordió el labio inferior de forma soñadora.

—Quién sabe, quizás puedas preguntarle en persona. —Le guiñé el ojo, como si tuviese un secreto que le iba a encantar. Y podría ser. Tal vez había llegado mi oportunidad para meterme en aquella negociación.

Capítulo 17

Hay familias y familias, y Jason había demostrado que se preocupaba por la suya. Era totalmente opuesto a Eli, él no se creía el ombligo del mundo, él quería ayudar a su hermana tanto como pudiese. Quizás por eso, y en parte por avanzar más hacia mi objetivo, me decidí a dar el paso que podría ayudarnos a ambos a conseguir lo que queríamos.

—No es que tenga ninguna influencia sobre el señor Grantshow, pero podría intentar que la oferta de los Whale incluyese algún beneficio para ti —sugerí a Susan.

—¿De verdad lo harías? —preguntó entusiasmada.

—No pierdo nada por intentarlo —dije para quitarle importancia.

—Eso sería genial. —Sus ojos brillaban ilusionados ante la perspectiva de conseguirlo.

—Dame tu número de teléfono. —Ella rápidamente tomó mi teléfono para anotarlo en mi agenda.

Jonas y Abbot no tardaron mucho en regresar. Por sus expresiones diría que no habían cerrado ningún acuerdo, aunque Abbot parecía determinado a no rendirse.

—¿Nos vamos ya? —La pregunta de Susan parecía incluir un «¿ha ido bien?». Jonas solo inclinó la cabeza y se giró hacia Abbot.

—Ha sido un placer conocerle. —Le estrechó la mano con educación.

—El placer ha sido mío, muchacho. Estaremos en contacto. —Por la expresión de Jonas eso no parecía muy seguro, y no fui la única que se dio cuenta.

—Me ha gustado conocerte. —Susan me estrechó en un abrazo que me sorprendió, pero no rechacé.

—Igualmente. Hablaré con mi tía, a ver si puedo poneros en contacto —le prometí.

—¡Eso sería estupendo! —dijo Susan con entusiasmo. Si no conseguía ayudarla con el contrato de su hermano, al menos le conseguiría un pequeño premio de consolación.

—Cuídate —le deseé.

No me dio tiempo a verlos alejarse hacia los ascensores, pues Abbot interrumpió la pausa.

—Muy bien, ¿qué te parece si te presento a nuestro equipo jurídico?

—¿Cuánto le interesa conseguir el fichaje de Jason Sanders? —No me había pasado desapercibido que habían tenido una entrevista sin la presencia de su representante. Estaba claro que pretendían ir directos hacia el que tomaba la decisión final. Lo que él no sabía era que Jonas estaba tomando personalmente las riendas de su futuro, no parecía tener representante.

—¿Sabes algo que pueda interesarnos? —El viejo zorro entrecerró los ojos, esperando que su estratagema de endosarme a la hermana de Jason hubiese conseguido algún resultado.

—Es posible. Yo le cuento lo mío si usted me deja echarle un vistazo a lo suyo. —Mi propuesta le sorprendió.

—¿Quieres ver el contrato que le hemos preparado? —No era tonto. Sabía que, siendo abogado, estaba hablando precisamente de eso.

—El tiempo pasa, Grantshow. —Alcé mi teléfono para darle más énfasis a mis palabras—. ¿Quiere dejar esto cerrado antes de que se vayan de la ciudad?

—¿Insinúas que quieres encargarte de la negociación? —Casi se rio al decirlo, como si acabase de contarle un chiste.

Como buena cazadora debía tomar las riendas del asunto, así que alcé una ceja, advirtiéndole de que no estaba bromeando.

—Le estoy diciendo que voy a ofrecerme a Sanders para llevar su negociación, puede ser con los Whale o con otro equipo. —Mis palabras lo dejaron con la boca abierta.

Había llegado el momento de rematar mi actuación. Tomé mi teléfono, fingí marcar un número y me lo llevé a la oreja mientras le daba la espalda y me alejaba.

—Hola, Susan, ¿podríais tu hermano y tú esperarme en el hall del edificio?

—¡Dennise! —Abbot corrió para interceptarme, o más bien sus piernas hicieron un terrible esfuerzo para llegar hasta mí. Abbot no tenía precisamente un cuerpo ágil.

—Un momento —dije al teléfono, para después tapar el auricular—. ¿Sí?

—Haz lo que sea para que firme ese contrato. —Sonreí como la triunfadora que era.

—Haré lo que pueda. —Le hice un gesto con la barbilla, apremiándole—. ¡Vamos!, quiero ese contrato. No van a esperarme todo el día. —Puse de nuevo el teléfono en mi oído.

Abbot reaccionó rápido, girándose para ir en busca de lo que le había pedido. Entonces sí, marqué realmente el número de Susan y

esperé.

—¿Diga? —Más le valía anotar mi número como contacto, porque íbamos a hablar muchas veces a partir de ese momento.

—Susan, soy Dennise. ¿Podríais tu hermano y tú alargar vuestra visita unos minutos más?

—¿No me digas que has conseguido eso que decías? —Bendita ignorancia. Una negociación como la del fichaje de Jonas no se resolvería en un par de minutos.

—Digamos que tengo una oferta que quizás no quiera rechazar.

—No sabes lo que quiero. —Genial, Susan había incluido a su hermano en nuestra conversación poniendo el altavoz de su teléfono.

—No, tienes razón, no lo sé, pero puedo ayudarte a conseguirlo. Solo deja que os invite a un café y lo hablamos. —Escuché un suspiro por su parte.

—Di que sí, Jonas —suplicó su hermana.

—Está bien. Íbamos a almorzar, podemos comentarlo mientras comemos —ofreció. Creo que escuché un grito contenido por parte de Susan.

—Perfecto. Dadme unos minutos y me reuniré con vosotros en el hall del edificio.

—Vale.

No tardaron ni tres minutos más en llegar a mis manos una copia del contrato que le habían propuesto a Jonas, eso sí, esta vez no llegó Abbot solo, sino que lo hizo acompañado de un hombre trajeado con pinta de abogado.

—No estamos dispuestos a ceder a cualquier precio. Estas son nuestras condiciones. Podemos ser algo flexibles, pero no mucho más —me advirtió el hombre. Estaba claro que era el negociador, pero no sabía que yo conocía las maniobras que solían utilizarse en este tipo de asuntos.

—Lo tendré en cuenta. —Sonreí con inocencia, como si me creyese sus palabras. ¡Ja!, no había nacido ayer.

En vez de retirarme, me acerqué a la recepcionista.

—Disculpa, ¿podrías dejarme un cuaderno y un bolígrafo? —La mujer me miró confundida, hasta que Abbot le dio permiso con un gesto.

—Claro. —Rebuscó en sus cajones, hasta encontrar lo que le había pedido y tendérmelo.

—Gracias. —Tendí el bolígrafo hacia Abbot—. ¿Puede anotarme su número de teléfono? Le avisaré cuando tenga algo. —Con rapidez, aunque sin borrar el ceño fruncido de su rostro, Abbot hizo lo que le pedí. Y no fue el único, pues el hombre que lo acompañaba hizo lo mismo, solo que anotando su nombre al lado del suyo.

—Espero que sepas lo que haces —me advirtió Charles, como ponía en la hoja.

—Pronto lo averiguaremos. —Le ofrecí mi sonrisa más conciliadora y me despedí de ellos.

La tía Desiré tenía razón, el triunfo no solo depende de que seas bueno en tu trabajo, sino de saber aprovechar las oportunidades. Yo había decidido convertir en una lo que me había encontrado.

Capítulo 18

Mientras bajaba en el ascensor, ojeé el documento buscando las cláusulas importantes. No es que me diese tiempo a mucho antes de llegar al vestíbulo, pero más o menos sabía lo que podía encontrarme. Cifras, bonificaciones, complementos…

Seguí la marea de gente que salía, pensando en algunos detalles, cuando una voz impaciente me detuvo.

—¿Tienes algo? —Di un respingo antes de topar con la expresión ansiosa de Susan. Por instinto, mis manos se apretaron contra mi pecho, tratando de sujetar mi corazón dentro del pecho.

—Si me matas de un infarto, nunca lo sabrás.

—Perdona, es que estoy un poco nerviosa. —Miré a su espalda y vi a su hermano observándome con el ceño fruncido. Podía entenderle, no sabía quién era yo y lo que pretendía.

—¿Qué os parece si vamos a comer? Estas cosas se estudian mejor con el estómago lleno. —Le guiñé un ojo a Susan, que se aferró a mi brazo, como si temiese perderme en cualquier momento. La entendía, yo era su nexo con Yale.

—¿Eso que llevas ahí es la nueva oferta? —preguntó de pasada Jonas.

—No, creo que es el contrato que te han enseñado a ti allí arriba. —Señalé con un movimiento de cabeza las plantas superiores. Mi gesto provocó en él más desconcierto.

—¿Cuál es esa oferta tan maravillosa que me vas a proponer? —Estaba claro que no íbamos a llegar a la comida para abordar el tema.

—Espero conseguir un acuerdo que se ajuste a lo que tú quieres y lo que los Whale están dispuestos a ofrecer. Algo que os guste a los dos.

—Así que vas a redactar un acuerdo a medida para mí.

—Eso es. —Le sonreí.

—Por curiosidad, ¿cuánto ganas? —Su pregunta me sorprendió, aunque no demasiado.

—¿Crees que trabajo para los Whale?

—Estabas allí arriba, conoces a Grantshow y ahora vas a redactar un contrato para satisfacernos a ambos. Yo diría que sí. —Jonas ladeó la cabeza, como sopesando sus propias palabras. Seguro que se estaba preguntando cómo podían enviar a alguien tan joven a hacer ese trabajo. Normalmente, este tipo de negociaciones recaía en alguien más experimentado. A menos que creyese que los Whale no le consideraban importante, algo que habría dejado esa leve decepción en sus ojos.

—Pues siento decepcionarte. Hoy es la primera vez que me he acercado a estas oficinas, y lo he hecho por la promesa de Grantshow de enseñarme cómo funciona su equipo legal. Así que, respondiendo a tu pregunta, ganaré lo que tú estés dispuesto a pagarme.

—¿Yo? —Mi respuesta le había sorprendido.

—Voy a coger su propuesta y la voy a reformular para que se adapte a lo que tú necesitas. Puedes llamarlo contraoferta si quieres. —Poco

a poco se dibujó una sonrisa en los labios de Jonas. ¡Porras!, no me había dado cuenta de que el chico era realmente atractivo.

—Me gusta como suena.

—¿Ves? Te dije que era de fiar. —Esa confianza de Susan era algo prematura e infundada, porque no me conocía. Por decirlo de alguna manera, estaba haciendo conmigo un acto de fe.

—Dejemos que eso lo diga mi trabajo. Entonces, ¿qué le parece, señor Sanders? ¿Me contrata? —Le tendí una mano para que la estrechara y cerrar así nuestro pacto.

—Espero que se esmere, señorita…

—Legrand, Dennise Legrand.

—Señorita Legrand, espero que me consiga un buen contrato, porque se lleva un 10 % de mis beneficios. —Aquella cifra me hizo alzar ambas cejas. Había repasado lo que habían ofertado los Whale, y eso significaba un buen pico, sobre todo para alguien que se lanzaba a este mundo por primera vez.

—¿Eso no le correspondería a tu representante? —pregunté.

—De momento me estaba encargando yo, pero está claro que un profesional lo hará siempre mucho mejor. Así que, ¿qué me dices?

—Que, hablando de profesionales, yo soy una abogada deportiva, así que eso es lo que vas a contratar. Pero no me importa cobrar esa comisión como representante si es lo que quieres. —Jonas sacudió con fuerza la mano que había mantenido unida a la mía para dar por finalizado el acuerdo. El chico tenía una sacudida demoledora. Estaba realmente fuerte. Debía serlo si jugaba al hockey sobre hielo y los Whale querían ficharle.

Acudimos a uno de esos restaurantes deportivos, uno que no estaba muy lejos de las oficinas de los Whale ni del estadio. Las mesas eran de madera y estaban separadas por esos bancos de respaldo alto. Al menos tendríamos intimidad, aunque lo que se dice glamur no tendríamos. A todas luces, yo era el gorila que se había escapado del zoo. Jonas solo tuvo que quitarse la chaqueta y la corbata para sentirse en su salsa. Por mi parte, era imposible que la gente no me mirase con aquel atuendo tan formal. Parecía una niña rica que se había confundido de lugar.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó la camarera. Todos cogimos rápidamente uno de los menús plastificados que había sobre la mesa.

—Hamburguesa con queso y patatas, y una cola —pidió Susan.

—Yo hamburguesa con lechuga y tomate, y una cerveza sin alcohol —ordenó Jonas. Yo me demoré algo más, porque debía encontrar algo que pudiese comer sin utilizar las manos, algo muy difícil en ese tipo de local.

—Unos nuggets de pollo. Y ¿podría traerme un tenedor? —La cara que puso la camarera parecía un poema. Parecía decir «¿En serio? ¿Esta niña pija me está pidiendo un tenedor para sus nuggets? Niñata, te has equivocado de lugar».

—Veré lo que puedo hacer.

—Y agua, gracias —pedí antes de que se alejara. Seguro que estaba poniendo los ojos en blanco. Al mirar a Jonas encontré una sonrisa socarrona en sus labios.

—¿En serio? —preguntó mientras reía.

—Tengo que leer y redactar un contrato. Quedaría poco profesional si lo remito lleno de manchas de grasa, ¿no crees? —Su expresión cambió, aunque su sonrisa no desapareció.

—Cuando tienes razón, tienes razón.

Capítulo 19

Jonas se fue relajando a medida que comíamos, aunque supongo que no era por la comida y el ambiente distendido, sino por darse cuenta de que yo no era el enemigo. Era un chico maduro para su edad, con la cabeza sobre los hombros, como decía papá. Un chico de los que merecían la pena. Una lástima que mi corazón no estuviese receptivo. Por muy agradable y sexy que resultase, yo estaba en mitad de una carrera mucho más importante. No podía distraerme de mi objetivo, y tampoco quería.

Leí con detenimiento el documento, analizando las cláusulas con ojo experto. Luego le hice un resumen a Jonas.

—Básicamente, es lo que ellos me dijeron. —Remató la frase metiéndose una patata frita que le había robado a su hermana.

—¡Oye!, ¿por qué siempre haces lo mismo? Si quieres patatas, te las pides —protestó ella.

—Tengo que cuidar mi alimentación —argumentó como si así todo quedase claro.

—Pero sigues comiéndote mis patatas. —Susan se cruzó de brazos, bastante irritada.

—Solo te he robado un par de ellas, no es como si fuese a desaparecer el mundo.

—Sigo pensando que deberías pedirte una ración para ti solo. —Susan no veía lo que yo sí entendía.

—Robarte un par de patatas le ayuda a saciar el gusanillo. No es lo mismo que comerse una ración completa de patatas fritas. Así engaña a su estómago sin saltarse su dieta restrictiva —le expliqué —. ¿Nada de fritos ni azúcares refinados? —pregunté a Jonas.

—Ni alcohol, ni tabaco… —dejó sin terminar la frase, como si fuesen demasiadas cosas las que estuviesen en su lista de prohibiciones.

Sus ojos me miraban de una manera que creí interpretar como «yo me cuido porque soy un deportista profesional, pero supongo que tú lo haces para mantener la línea». Y sí, lo hacía porque Desiré me explicó que la dieta era importante para mantener el envoltorio atractivo, además del ejercicio. Digamos que una parte mantenía a raya la grasa que se acumula en el cuerpo, y la otra ayudaba a mantener las cosas en el sitio donde deberían estar.

—Te entiendo. —Con esa frase le confirmé que ambos estábamos en ese barco—. Bien, empecemos a trabajar. —Acerqué el cuaderno y el bolígrafo, pasé a una página nueva y me preparé para escribir—: ¿Cuáles sus tus demandas?

—Quiero que Susan vaya a la universidad que quiera. —Lo dijo mirándola directamente. En sus ojos brillaba esa devoción de hermano que derretiría a cualquier chica. De verdad que era un chico noble y dulce.

—Yale —ratificó ella.

—Yale —anoté—. Veamos, eso implica alojamiento, manutención, libros, matrícula y, por supuesto, la aceptación de su solicitud —enumeré.

—Podríamos vivir en el mismo apartamento —sugirió Jonas, aunque me podía imaginar que esa sugerencia estaba motivada más por el hecho de estar cerca de ella, de cuidarla, que por motivos económicos. Con lo que sacaría con su fichaje, podría permitirse pagar dos apartamentos.

—New Haven está a cuarenta minutos de Hartford, uno de los dos perdería demasiado tiempo cada día. Y si estás pensando en alojaros en un lugar intermedio sería peor, porque entonces ambos saldríais perjudicados. —Conocía la distancia porque era un poco menos de lo que yo había tardado ese mismo día en ir hasta allí desde West Haven, la donde vivía con mis tíos, hacia la costa.

—Es demasiado tarde para solicitar plaza en una residencia. A estas alturas ya estará todo cogido —suspiró Susan, abatida.

—Yo creo que, si pueden hacer que ingreses en la universidad, también podrán conseguirte una plaza en una residencia. —Si estaban tan desesperados por conseguir a Jonas, no dejarían piedra que remover para conseguirlo.

—¿Estás segura? —preguntó Jonas, escéptico.

—¿Te explicaron cómo funcionaba la cláusula de cesión? —Sus cejas se fruncieron.

—¿Qué cláusula? —Busqué la mencionada parte en el documento y lo deslicé frente a él para que pudiese leerla. Era enrevesada, pero un abogado experto en contratos deportivos podía interpretarla sin ningún problema.

—Básicamente, dice que jugarás en el equipo principal, los Connecticut Whale, durante la vigencia de tu contrato, salvo que seas convocado por el entrenador del equipo principal, los New York Rangers para cubrir alguna baja.

—¿Me traspasarían a los Rangers? —preguntó sorprendido.

—No, te cederían, por lo que no disfrutarías de ninguna compensación económica, salvo las atribuibles a dietas y alojamiento. Según mi forma de verlo, estarían pagando a un jugador de primera al precio de uno de segunda. En otras palabras, quieren asegurarse de que eres la promesa que esperan que seas,

atándote al equipo con un suculento contrato. Si no eres lo que esperan, la pérdida no será muy grande, porque estarás jugando en un equipo de segunda. Pero si destacas, se harán con tus servicios en el equipo principal, sin pagarte lo que te correspondería.

—Ahora entiendo por qué el contrato era por tres temporadas. —La mandíbula de Jonas estaba tensa al decirlo. Pues todavía no había terminado.

—Si pensabas que después de ese tiempo podrías librarte de ellos, será mejor que eches un vistazo a la cláusula de debajo. —Jonas enseguida se puso a buscar donde le decía, leyendo en silencio lo que había allí escrito. Por si no lo entendía del todo, que probablemente fuese así, me dispuse a explicarle:

—La empresa tiene preferencia sobre futuros contratos que te sean ofertados, por lo que si igualan la oferta tendrás que quedarte con ellos, y si aun así quieres irte, tendrás que pagar una prima de liberación. Lo único que dejan libre es que lo hagas tú o el nuevo equipo. —Sus dedos se pusieron blancos de tanto que estaba apretando el papel sobre la mesa. Estaba claro que esa parte no se la habían explicado. Por eso siempre hay que llevar a un abogado a este tipo de entrevistas, para saber realmente lo que te están ofreciendo y exigiendo.

—Yale no merece ese precio. —Susan tenía claro que ella no estaba dispuesta a sacrificar a su hermano por conseguir la mejor educación. Una vida por otra nunca es un precio justo.

—¡Eh!, sigo aquí —les recordé—. Me has contratado para que el acuerdo sea bueno para ti, ¿recuerdas?

—Sí —dijo seco, como si ya no le entusiasmara el trabajo que le habían ofrecido. Podía entenderle, cuando se mete el dinero de por medio, tu pasión por lo que haces empieza a envenenarse.

—Entonces vamos a apretarles todo lo que podamos, sin que tengas que ceder lo que no quieres —le ofrecí con determinación.

—¿Puedes hacerlo? —se apresuró a preguntar Susan.

—Podemos probar a ver hasta dónde llegamos. Si no te convence, siempre puedes firmar con otro equipo. —Pero con las pruebas que tenía delante, tenía muy claro que los Connecticut Whale querían capturar a este pez.

Capítulo 20

Jonas analizaba con ojo crítico el borrador que había preparado de puño y letra, repasando las especificaciones que habíamos incluido para el nuevo contrato y, sobre todo, revisando que había dejado bien clara la anulación de las cláusulas abusivas de cesión. Si querían jugar con Jonas, cosa que él asumía que ocurriría, tendría que ser con sus condiciones.

—¿Crees que lo aceptarán? —preguntó, mientras dejaba el cuaderno sobre la mesa.

—No. Pero es un buen comienzo para la negociación. —No podía mentirle.

—Pero es lo que quiero. No voy a firmar por menos de lo que hay aquí. —Golpeó un par de veces con su dedo sobre el papel.

—Entonces tendremos que jugar con ellos.

—¿A qué te refieres?

—Que una cosa es lo que esperas conseguir y otra lo que pidas en un principio. Ellos harán una oferta menor de la que creen que es la adecuada, y tú pedirás más porque sabes que harán todo lo posible por rebajarla. Al final se trata de llegar a un término medio, por eso las posturas suelen estar muy alejadas al principio. A lo largo de la negociación, se definirán los límites en los que ambos acabaréis jugando.

—Hablas como alguien que sabe mucho de estas cosas. —Si él supiera.

El motivo por el que estaba ese día en la oficina de Abbot era precisamente conseguir entrar a formar parte de su equipo legal como becaria. Nada como coger experiencia sobre el terreno. Pero la vida me había brindado la oportunidad de entrar haciendo mucho ruido, y eso podría ser un triunfo o un desastre en toda regla.

No iba decírselo a Jonas, porque la primera regla de un abogado es no asustar a tu cliente. Había que darle confianza para que no se rindiese a la primera de cambio.

—He negociado alguna que otra vez. —No iba a decirle que esa negociación había sido con mi primo Gorka por el uso de una bicicleta cuando tenía 12 años.

—De acuerdo. ¿Qué te parece si cerramos estoy hoy mismo? —Estaba claro que quería irse de Hartford con una respuesta clara de los Whale.

—No tengo ningún otro plan para esta tarde —dije con una sonrisa.

—Entonces les llamaré. —Empezó a sacar el teléfono para hacer esa llamada. Antes de que empezase a marcar, lo detuve.

—Deja que lo haga yo. —Lo miré de esa manera que decía: «¿confías en mí?»

—Está bien.

Saqué el teléfono de mi bolso, marqué el teléfono que Abbot había escrito en el cuaderno y esperé a que respondiese. Para darle más confianza a Jonas, dejé el teléfono sobre la mesa y activé el altavoz, así vería que no le ocultaba nada.

—¿Diga? —contestó Abbot.

—Señor Grantshow, soy Dennise Legrand —me presenté.

—¡Ah!, Dennise, ¿tienes algo?

—El señor Sanders es proclive a firmar con los Whale, siempre y cuando se cumplan algunos requisitos. —Miré a Jonas, que parecía taladrarme con la mirada.

—¿Qué requisitos?

—Hemos redactado una lista. Si quiere podemos pasar por su oficina esta tarde y discutirla. —Los puños de los dos hermanos estaban apretados mientras esperaban la respuesta.

—Avisaré al equipo legal. ¿Dentro de una hora está bien?

—Perfecto, nos reuniremos allí. —Colgué y me miré de nuevo a los Sanders.

—Creo que nos hemos ganado un postre —sugirió Susan.

—Tenemos tiempo para un helado, si quieres —respondió Jonas. Era evidente que en aquel lugar no venderían helados, por lo que tendríamos que encontrar una heladería de camino a la oficina, aunque yo tenía otros planes.

—No tenemos tiempo. —Me puse en pie mientras sacaba la cartera para pagar.

—No, a esta invito yo. —Jonas me detuvo, sacó su cartera e hizo una señal a la camarera. La chica corrió hacia él como si fuera un perro al que le enseñan una salchicha, y no creo que fuera porque esperase una buena propina. Podía entenderla, cuando Jonas sonreía era un imán para las chicas.

—Pero ha dicho una hora. Estamos a diez minutos —puntualizó Susan.

—¿Sabes lo que es un golpe de efecto? —Susan arrugó el entrecejo.

—¿Cuando sorprendes al público?

—Ellos saben que juegan en su terreno, son sus oficinas. Pero si nosotros estamos allí para recibirles cuando lleguen, nos habremos apropiado del rol de anfitrión. Una sorpresa como esa puede hacer que sus pies no se sientan tan firmes. —No parecía que entendiese mi maniobra, pero no necesitaba que lo hiciera, solo que me siguiera.

—Eres rara —me acusó.

—Yo prefiero calificarme como edición especial limitada, le da más glamur. —Giré a tiempo para encontrarme el gesto extrañado pero sonriente de Jonas. Me había escuchado, estaba claro.

—Eso me la apunto. —Susan me adelantó hacia la salida. Estaba segura de que en algún momento utilizaría esa frase.

Un abogado aprende a jugar con las palabras, haciendo que lo desagradable no lo parezca tanto y que el oponente se sienta algo confundido. Desiré me enseñó a sacar partido de lo que los demás piensan que son defectos. Como ella dice: «si no puedes disimularlo, conviértelo en el punto fuerte».

Los arrastré hacia las oficinas, donde no detuve mi paso. Fui directa a la recepcionista, la misma que me había dado el cuaderno antes.

—Buenas tardes. Necesito acceso a un ordenador con impresora para pasar esto a limpio. —Deposité el cuaderno sobre el pequeño mostrador con un pequeño golpe. Puse mi expresión más seria y un poco prepotente, para que ella no cuestionase mi exigencia. Tengo que reconocer que me inspiré en Eli para darle ese toque de «no tienes autoridad para cuestionarme». Si tú no vacilas, el que está delante no duda.

—Yo, no sé si... —Pero a veces hay que presionar un poco más para conseguir lo que se quiere, así que solté un suspiro.

—Mira, esto tiene que estar preparado antes de que llegue Abbot, y no seré yo la que se lleve la bronca. —Llamarle por su nombre de pila me hacía parecer no solo del equipo, sino además alguien importante.

—¿Eh?

—¿No te avisó de que veníamos? Me sorprende que no lo haya hecho. —Rebusqué en mi bolso para sacar el teléfono, dejando clara mi intención de llamar al jefe.

—Supongo que puede utilizar este. —Se puso en pie con rapidez, cediéndome su lugar. Nada como presionar y amenazar sin hacerlo. Seguramente ella no podría darme acceso a otro equipo, porque no tenía las contraseñas de acceso.

—Señor Sanders, ¿le apetece un café mientras esperamos al señor Grantshow? —Le miré fijamente, incitándole a que me siguiera la corriente. No quería tener a la recepcionista cotilleando por encima de mi hombro. Hay secretos, como mis contraseñas de acceso al correo y esas cosas, que es mejor mantener alejadas de ojos curiosos.

—Eh, sí. Con leche y una de azúcar.

—¿Y usted, señorita Sanders? —Ella trató de ocultar su sonrisa.

—El mío con dos de azúcar. —Miré directamente a la recepcionista, de esa manera apremiante que decía «¿Te quieres dar prisa?». Con ella lejos, podría empezar mi trabajo. Como esperaba, ella vaciló, pero se apresuró a complacer a los clientes.

Capítulo 21

La maniobra de desestabilización del enemigo funcionó, no podía ser de otra manera. Pero como todo, pueden recuperarse rápido. No podía darles tiempo para hacerlo, debía golpear antes de que alzaran los puños para responder.

No les dio apenas tiempo de reaccionar cuando nos vieron allí, esperando. Como supuse, esa hora se convirtió en media hora, porque ellos querían prepararse para recibirnos, ya se sabe, todos presentes, con una idea en mente y concentrados. Es como los deportistas profesionales antes de lanzarse a por su objetivo o entrar en el juego. La concentración hace que estén dentro del partido antes de que este haya empezado, y esos primeros minutos pueden ser determinantes para el resultado.

Con las negociaciones pasa lo mismo. Todo el equipo está centrado para alcanzar el objetivo. Por eso una maniobra que te desconcentre, que te aparte de tu foco, puede ser crucial. Si el enemigo golpea, puede ganar la batalla antes de que te des cuenta.

Antes de que el equipo de Abbot tuviese tiempo de agruparse, ya los estábamos llevando a la sala de reuniones. Apenas se hubieron sentado frente a nosotros, extendí las dos copias de los contratos que teníamos: su propuesta y la nuestra.

—¿Esto qué significa? —Seguramente Abbot pensaba que sería una charla en la que iríamos haciendo peticiones, no que les daríamos el contrato ya cerrado.

—Esta es vuestra propuesta y esta nuestra contraoferta. —Toqué cada contrato mientras los mencionaba—. Ahora negociemos. —No me pasó desapercibida la expresión que había en las caras de todos

ellos; desconcierto. Seguramente pensaban que estaba en su bando, pero acababan de descubrir que no era así.

—¿Tú vas a negociar con nosotros? —preguntó estupefacto y algo descolocado el tipo que me dio el contrato de Jonas. Según nos presentaron, se llamaba Mortimer Schullz.

—El señor Sanders me ha contratado como asesora para esta negociación —clarifiqué—. Así que, si no tienen otra pregunta que no sea sobre el asunto que nos ha reunido aquí —señalé con un par de golpecitos nuestra oferta—, doy por entendido que no hay más que negociar. —Podían entender dos cosas, o que aceptaban nuestra oferta tal cual, o que la rechazaban completamente, motivo por el que nos levantaríamos de la mesa de negociación y nos iríamos.

Nadie se levantó de aquella mesa en un buen rato.

—Bueno, señores, no podemos alargar esto mucho más. El señor Sanders tiene un vuelo que tomar, y con las medidas de seguridad de los aeropuertos, tiene que estar allí con bastante tiempo de antelación. —No tenía ni idea de a qué hora sería ese vuelo, no lo habíamos comentado previamente, pero no estaba mintiendo realmente, porque no les dije a qué hora sería.

Abbot y el director de los Whale cruzaron miradas. La situación no les encantaba, pero podrían cumplir con las concesiones que finalmente habíamos acordado. Si querían a Jonas durante los dos próximos años, tendría que ser con las cláusulas que habíamos estado ajustando hasta ese momento. Nosotros no pensábamos ceder más, y Jonas lo entendió así, porque me apoyó en silencio.

—Está bien. Cerramos el acuerdo —cedió el director de los Whale, con el beneplácito de Abbot.

—Perfecto. —Repasé en mi teléfono el documento que tenía en mi correo y que había dejado a medio terminar, en previsión de los

cambios que pudiesen producirse. Con las cifras correctas, le envié una copia a Mortimer.

—Entonces supongo que debo darte la bienvenida al club —Abbot se puso en pie, tendiéndole la mano a Jonas por encima de la mesa.

—Eso será efectivo cuando hayamos firmado —les interrumpí. —Te he enviado la copia modificada a tu correo, Mortimer. Si la imprimes, podemos dejar esto zanjado ahora mismo. —Le sonreí afablemente, pero dejando en el aire ese dominio que había mantenido durante la reunión. Ellos intentaron llevar las riendas, pero no se lo permití. ¿Agresiva? Soy joven, enérgica e inexperta, no podía detenerme a pensar si lo que hacía era socialmente correcto.

—Iré a imprimirlo. —Mortimer le dedicó una mirada asesina a Abbot, pero no lo suficientemente agresiva como para intimidarlo; a fin de cuentas, Abbot era el jefe.

Salieron juntos, pero no les perdí de vista en todo momento. Una suerte que aquellas oficinas tuvieran los despachos separados por paredes transparentes. No podía oírlos mientras hablaban, pero sí grabarlos, algo que hice disimuladamente. Si quieren saber por qué, es sencillo, ¿saben que existen aplicaciones que leen los labios? Exacto, podía averiguar parte de lo que habían comentado.

Después de la firma del contrato, Jonas y Abbot por fin cerraron el acuerdo con un apretón de manos. Le siguieron algunos cumplidos, los deseos de dar lo mejor en el campo de juego, y ese tipo de cosas.

Cuando por fin estuvimos a solas, de camino a la sala de espera donde nos aguardaba Susan, Jonas se atrevió a soltar toda esa tensión que había contenido.

—Creí que no cederían —reconoció.

—No ha sido fácil, pero lo hemos conseguido. —Si él había estado nervioso, yo mucho más, solo que no me permití exteriorizarlo. Al enemigo no hay que dejarle ver que eres vulnerable.

—Esto tenemos que celebrarlo —sugirió Jonas. ¿Por qué me miraba como si fuese a besarme? ¡Oh, porras!

—¿Cómo ha ido? —Salvada por Susan y su entusiasta impaciencia.

—Lo hemos conseguido —respondió su hermano.

—¡Bien! —Susan sacudió los puños con fuerza.

—Vamos a… —Jonas no pudo terminar la frase, en la que seguramente insistiría en esa celebración.

—¡Dennise! —llamó Abbot mientras se acercaba a nosotros a paso rápido.

—¿Sí? —respondí.

—¿Podríamos hablar contigo? —Sopesé con rapidez si aceptar o no esa charla. Seguramente sería un reproche o algo parecido. Pero mis padres no educaron a una cobarde; como me había mantenido con el control desde un principio, decidí que era momento de cederlo.

—De acuerdo. —Me giré hacia los hermanos Sanders para despedirme—: Tenéis que coger ese avión, así que nos mantendremos en contacto. —Era mi despedida. Pude notar las ganas de Susan de estrujarme en un efusivo abrazo, pero su hermano la contuvo, adelantándose con un gesto más profesional.

—Hablaremos pronto. —Me estrechó la mano como despedida—. Y espero que su departamento de contabilidad contacte conmigo. —Le estrechó la mano a Abbot de igual manera.

Observamos cómo se alejaban hacia los ascensores y fue entonces cuando Abbot por fin habló de lo que le interesaba tratar conmigo

—He estado hablando con nuestro equipo legal, y nos interesaría contar con sangre nueva que aporte un punto de vista fresco, como has hecho hoy. ¿Te interesaría trabajar con nosotros, aquí en Connecticut?

—Sería un placer, Abbot.

Poco después descubrí que Mortimer había luchado en contra de ello, pero se vio obligado a aceptarme como becaria. El sueldo no era gran cosa, y me comía mucha morralla, pero la experiencia, y el acceso a los cientos de contratos que podía consultar de sus archivos, compensaron ampliamente la carencia económica.

¿Quieren saber qué le dijo Abbot a Mortimer cuando se escabulleron? Más o menos fue algo como «... esa niñata nos ha puesto contra las cuerdas, así que no te atrevas a decir que puedes destrozarla si conseguimos más tiempo. Si Sanders se la lleva a una negociación con otro equipo, puede que consiga más y nos quedemos fuera. Así que cierra el pico y vamos a firmar».

Capítulo 22

Algunos meses más tarde...

El fichaje de Jonas se fraguó a mediados de junio, la temporada de hockey empezó en octubre y Susan, fuera de plazo, consiguió ser aceptada en el semestre de otoño de Yale. Ella y yo nos vimos cuando se trasladó a la residencia de estudiantes, nada mejor que una antigua alumna te haga de guía.

En cuanto a Jonas, intenté mantener nuestras conversaciones telefónicas lo más profesionales posible, pero notaba que él quería más. Algo me decía que había algo más que agradecimiento en su interés, y no podía reprochárselo. Comenté la situación con Desiré, y ambas estuvimos de acuerdo: lo había deslumbrado. Era el resultado de mi formación como cazadora, lo quisiera o no, nunca más pasaría desapercibida frente a un hombre, no cuando actuaba como lo hice delante de él.

Jonas era guapo, sexy, y tenía un cuerpo atlético que harían babear a cualquier chica. Por si eso no fuese suficiente, era dulce, amable, responsable y tenía buen corazón. Como he dicho, sería un tesoro que una chica no dejaría escapar. Lo que no entendía era por qué yo no sentía mariposas en el estómago cuando lo tenía cerca. La respuesta podría ser Ray. Lo que me hizo ese desgraciado endureció tanto mi corazón que dudaba de la posibilidad de poder enamorarme de nuevo. Quizás algún día, con el tiempo, podría volver a confiar en un hombre lo suficiente como para arriesgar mi corazón de nuevo. Jonas podría ser el adecuado, pero yo todavía no estaba preparada. Tal vez, si me diese más tiempo... ¡No!, tenía algo que hacer, tenía un objetivo, y no debía desviarme del camino.

Una llamada me hizo apartar la vista de los documentos que estaba revisando. La temporada de fichajes de los Connecticut Whale había terminado, pero el muy arrogante de Mortimer quería imponerse haciéndome revisar todos los contratos, nuevos y viejos, para buscar posibles errores. Es lo que siempre se teme, que un abogado de la otra parte encuentre un punto débil por el que atacar. Si la encontraba tampoco iba a decírselo. Él se llevaría el mérito de un trabajo que había hecho yo, ni de broma.

Me extrañó no conocer el número, pero mi teléfono no lo identificó como spam o malicioso, así que me arriesgué a contestar.

—¿Diga?

—¿Dennise Legrand?

—Correcto, ¿y usted es...?

—Soy Jonathan Harris, pertenezco al equipo legal de los Hartford Yard Goats. —No me sonaban en absoluto, pero tenía un ordenador frente a mí, así que busqué el nombre en Google. Bien, era un equipo de béisbol—. Ha llegado a nuestros oídos cierta negociación con un *rookie* de hockey, Sanders. —¡Vaya!, no esperaba que esa negociación llegase a oídos de ¿podría llamarlos la competencia? Pertenecían a otro sector deportivo. Pero claro, Hartford no era Nueva York, esto era muchísimo más pequeño.

—Fui su consejera, si es a lo que se refiere. —No quería hacerme ilusiones, pero era difícil no hacerlo.

—El caso es que nos gustaría saber si estaría dispuesta a unirse a nosotros para las negociaciones de la próxima temporada. —Internet me dijo que eso sería a principios de noviembre. Estábamos a 15 de octubre, así que sería en apenas dos semanas.

—Espero que no sea un puesto de becaria, porque eso no me interesa. —Es lo que ya tenía y, aunque Mortimer no me agradaba,

el contacto con Abbot me interesaba conservarlo, él estaba ligado a Nueva York, mi objetivo. Vale, Abbot estaba en el mundillo del hockey y yo quería llegar a la NFL, donde estaba Ray, pero ya saben lo que se dice: los peces gordos suelen nadar todos en el mismo estanque.

¿No lo dije? El cretino consiguió un puesto de becario en los New York Giants. ¿Cabrearme? Era algo que esperaba. Además, como dijo Desiré, luchar por conseguir algo y no conseguirlo puede frustrarte, pero lo que te cabrea realmente es tenerlo en tus manos y que te lo arrebaten.

—Es una negociadora dura, señorita Legrand. No, no buscamos a una becaria, queremos una abogada joven con iniciativa y visión, alguien como usted. Me gustaría presentarle una oferta, pero preferiría hacerlo frente a frente. ¿Qué tal si concertamos una cita? —Sopesé mis opciones.

—Dígame un lugar y una hora, que sea por la tarde, y ahí estaré. —Lo bueno de ser becaria era que podía escaparme cuando mis supervisores no estaban. Y pueden decir que trabajan mucho, pero salvo situaciones especiales, los abogados no solían trabajar más de la cuenta.

—¿Qué le parece mañana a las cuatro?

—Perfecto.

—Le mandaré un mensaje con la ubicación.

La mañana antes de la reunión lo estuve dando vueltas. Si iba a cambiar de trabajo, antes tendría que sacarle todo el jugo al puesto en el que estaba. Y, sobre todo, no perder el contacto que me interesaba conservar. Como decía papá, hay que tener amigos hasta en el infierno.

No soy una mujer que pierde el tiempo, es lo que dice mi tía Desiré, así que recopilé toda la información de los últimos cinco años a la que tuve acceso. También conseguí acceso a los contratos de los New York Rangers. Los Whale son su filial, así que estaban conectados también de forma tecnológica. Para acceder a su base de datos solo necesitaba algunas claves de acceso. Yo no las tenía, pero Mortimer sí. Conseguir que me diese acceso para revisar también algunos de esos contratos no fue complicado.

A alguien que se cree más listo que el resto no es difícil ganarle por el ego. Solo tuve que dejar caer que sería una lástima no aprender de la técnica utilizada en las grandes negociaciones. Como todo abogado ambicioso, Mortimer estaba desesperado por ascender a las ligas superiores, así que me abrió la puerta. Yo solo tuve que imprimir todos los contratos y meterlos en mi maletín. ¿Por qué imprimir y no simplemente hacer una copia digital? Pues porque los sistemas informáticos avisan de las descargas digitales, sobre todo si son masivas, pero una impresión en papel de ese calibre solo lo detecta el responsable del papel de la impresora. No es ecológico, lo sé, pero a grandes problemas, soluciones desmesuradas.

—¿Se puede? —Aquella voz fue precedida por un par de golpecitos en el marco de mi puerta. Toparme con la sonrisa de Jonas era un agradable contraste a la expresión autoritaria y avinagrada de Mortimer.

—¿Cómo tú por aquí? —le recibí con una sonrisa.

—He oído que a los pobres becarios los matan de hambre, y he venido a ponerle remedio. —¿No era tierno? Bueno, realmente tenía que comer, aunque si quería mantener la excusa que siempre le daba a Jason para no quedar con él, debía darle un giro a su oferta.

—Estoy encadenada a la impresora. —Giré la vista hacia la enorme máquina que estaba ubicada en mitad del pasillo, justo casi frente a mi mesa. Las vistas de los becarios no son las más espectaculares—.

Pero podemos pedir algo para comer aquí, así al menos la compañía será agradable. —Conseguí arrancarle una sonrisa mayor.

—Eso está hecho.

No sé por qué me resistía tanto. Estar con Jonas era muy agradable.

Capítulo 23

Estaba de camino a mi entrevista de trabajo, cuando recibí una llamada de alguien que no esperaba. No es que no me hiciese ilusión, pero se suponía que Yumi estaba en Japón, donde en ese momento el reloj no habría marcado las 5 de la mañana. Yumi no era de madrugar, así que una llamada suya a esas horas era preocupante.

—Hola, Yumi —saludé.

—Se supone que somos amigas, ¿verdad? —Aquella pregunta me desconcertó.

—De hecho, eres mi mejor amiga. ¿A qué viene esa pregunta? —quise saber.

—Entonces, ¿por qué me he tenido que enterar por Instagram de que estás saliendo con un jugador de hockey? —Como decía mi padre, me había dejado a cuadros.

—¿De qué hablas?

—Sabes que te quiero, pero me ofende que una tal Susan te etiquete en una foto de su hermano en la que estáis juntos. Se suponía que yo debía saber esas cosas antes de que lleguen los avisos de las redes sociales. —Pero ¿qué…?

—Espera, espera. ¿Dónde has visto eso?

—Te mando el enlace. —Abrí el link que Yumi me envió y lo vi, Jonas y yo caminando por la calle el día anterior comiéndonos un helado.

El chico al final se quedó conmigo toda la tarde hasta que terminé el trabajo y me sugirió tomarnos un helado. Me sorprendió que se saltase su cuidada dieta para comer algo tan calórico, pero dijo que se lo había ganado después de sufrir un duro placaje en la pista. ¿Había resultado una encerrona?

—Solo es un amigo, Yumi. —Si le decía que era un cliente, ella no se lo creería.

—¿Y cuándo has conocido a un tipo así de sexy? Se suponía que tienes la nariz metida entre contratos todo el rato. —Ese había sido mi mantra cada vez que nos comunicábamos. Estaba tan ocupada con el trabajo que apenas tenía tiempo para mí.

—Estuve en la negociación de su fichaje por el club donde trabajo. —No necesitaba saber toda la maniobra que hice.

—¿Y sales a tomar helados con tus clientes? —En su voz ya no había tanto reproche.

—Ayudé a su hermana con los trámites de Yale, a fin de cuentas, yo estudié allí. Y se llama Susan, así que supongo que ahí tienes a tu casamentera. —Seguro que alguien reconoció a su hermano y le sacó una foto. Ella probablemente vio la foto y como me conocía, me etiquetaría y, ¡boom!, ahí tenía la alarma de Yumi porque habían etiquetado a su amiga.

—Así que no tienes nada romántico con él. —Era una aseveración con toques de pregunta.

—¡Claro que no! —le aseguré.

—Bien, porque sabes lo que opino de las amigas que conocen a deportistas sexis y no se los presentan a sus mejores amigas.

—Así que te gusta —Jugué con ella.

—¿A quién no le gustaría? Está cañón. He investigado sobre él, ¿sabes? Y parece un buen partido. —Otra haciendo de casamentera.

—En este momento no tengo tiempo para esas cosas —le aclaré.

—¿Cómo te va todo?

—Pues precisamente estoy de camino a una entrevista de trabajo, es posible que cambie de empleo.

—Cuenta, cuenta. —Ella sí que sabía oler una noticia.

—Parece ser que los Hartford Yard Goats han oído hablar de lo implicada que estuve en la contratación de Jonas y quieren que trabaje para ellos con los fichajes de septiembre.

—Primero los Whale, ahora los Goats. Apenas llevas unos meses trabajando ahí y ya se disputan tus servicios. ¿Eso no te dice nada? —¿Dónde quería llegar?

—¿Qué quieres decir? —Escuché su bufido al otro lado de la línea.

—Que eres buena, y que no tendrías que dejar que te atrape ninguno de esos equipos. Tendrías que trabajar por tu cuenta. —Aquella idea era interesante, pero era apenas una novata que había tenido un golpe de suerte. Una novata muy inteligente que supo ver su oportunidad.

—Acabo de terminar mi último máster hace apenas unos meses, soy una recién llegada como se dice. No tengo una trayectoria que anime a la gente a contratarme si no hay un fuerte equipo legal detrás —le recordé, ganándome otro bufido.

—Espabila, Didi. Con ese chico detrás de tus huesitos, ¿crees que no te presentará a sus amigos? Y si necesitas visibilidad en las redes sociales, ya sabes que soy tu chica. En unas semanas puedes estar en boca de todo el mundo, y eso lo puedes convertir en clientes. —

Aquella idea no era descabellada. Como decía papá, el mundo es de los valientes.

—¿Crees que podrás? —me quise asegurar. Otro bufido, este mucho menos femenino que los anteriores.

—¿Quién supones que ha lanzado a los *doragomis* al estrellato? —No tenía idea de qué era eso, pero si ella lo decía, sería cierto. Sonaba a japonés, y yo no controlaba ese mercado. Yumi no mentiría, iba en contra de sus principios.

—Está bien. Si quieres podemos hablarlo esta noche. —La idea me emocionaba, pero podría alejarme de mi objetivo principal, a menos… ¿Y si me presentaba como asesora externa? Así podría trabajar para cualquier equipo sin necesidad de encadenarme a ninguno en especial. Si me hacía un nombre, los Giants se pensarían seriamente la idea de contratarme en casos especiales, justo los que Ray se moriría por intervenir. Las primas económicas son el auténtico incentivo de un abogado.

—Tendríamos que hacer algo más que eso. Ahora estoy en el aeropuerto de Los Ángeles, en cuanto llegue a New York te llamo y quedamos para cenar. —¿Estaba en Estados Unidos?

—Creí que estabas en Japón.

—Al final convencí a mi padre para regresar a Nueva York. —Esa era una lucha que mantenía con él. En cuanto tuvo la oportunidad de enviarla a Japón, lo hizo a toda velocidad. Según él, los americanos no eran serios con las medidas de protección contra el COVID. Su regreso al país solo podía significar dos cosas: o creía que con las vacunas su hija ya estaba protegida o estaba harto de escucharla quejarse. Seguramente serían ambas cosas.

—¡Eso es estupendo! Pero me temo que lo de la cena es un poco más complicado. Aunque estés en el país, yo vivo a 150 km de

Nueva York. Mañana es día laborable y no puedo pasarme más de dos horas viajando en coche después de cenar contigo.

—¿Acaso no tienes un hueco para que tu amiga del alma duerma esta noche? Te prometo que casi no ocupo espacio en la cama, solo tienes que dejarme un trocito chiquitín de colchón.

—¿Vendrías a mi apartamento? —Sí, había alquilado uno cerca de Hartford. No era plan estar yendo y viniendo a New Haven todos los días para trabajar.

—Me quedaría a vivir, si es que no te importa. —Aquello me sorprendió.

—¿Y tu padre? —No me lo imaginaba dejando que su hija viviese en otro lugar que no fuese la embajada.

—Tendrá que aceptar que su hija mayor de edad ha decidido volar sola. —Uy, ahí había mucho tema que descubrir. Me parecía que esa noche iba a ser muy reveladora para ambas, porque era mi amiga y necesitaba saber de qué iba mi plan. ¿Hablarle del club? Eso no, pero sí podía hacerle partícipe de mis objetivos. Con un poco de suerte, además de amiga, tendría una socia en esta loca aventura.

Epílogo

Varios meses después…

No es que acudir a una gala en el MoMA fuese mi gran sueño, pero me ayudaría a alcanzar mi objetivo. Por fortuna no estaba sola. Yumi estaba a mi lado, luciendo un espectacular vestido de Dior que la hacía destacar por encima de muchas de las invitadas. Ella sí que sabía cómo lucir un vestido de alta costura y desfilar por una alfombra roja como si hubiese nacido para esto. Mi amiga había conseguido las invitaciones a la gala, así que le debía a ella la oportunidad que tenía de acercarme a mi objetivo sin levantar sospechas.

Desde que se convirtió en mi confidente, nos habíamos convertido en un equipo que lucharía hasta el final por alcanzar mi venganza. Ella sabía perfectamente todo lo que había ocurrido con Ray, y cuando se enteró de lo que pretendía, prácticamente me amenazó con destriparme de forma muy sangrienta si no la incluía en mi plan. En ocasiones como esta comprendía que gracias a ella sería más fácil alcanzarlo.

—¿Estás lista? —me preguntó Yumi a mi izquierda.

—Lo estoy. —Los nervios me hacían apretar el culo, pero nada ni nadie me detendría, ese día daría el último paso para alcanzar mi venganza. Todos y cada uno de los movimientos que había hecho hasta ahora me habían acercado hasta aquí. Era como la liga deportiva, cada partido que había disputado me había llevado hasta el partido final, esa noche iba a empezar a disputar la Super Bowl. Y cuando terminase el encuentro, la cabeza de Ray estaría expuesta en mi vitrina de trofeos.

—Bien. Separémonos. La primera que lo encuentre que avise a la otra. —Yumi se presionó delicadamente el auricular oculto en su oído. Parecíamos dos espías en una misión de alto riesgo. ¡Alucina, Tom Cruise! Nosotras teníamos también nuestra misión imposible.

Caminamos por los salones por donde la gente se distribuía de forma aleatoria, formando corrillos y charlando, mientras los camareros serpenteaban entre ellos ofreciendo bebidas y canapés.

Alguien chocó contra mí, una mujer mayor que acababa de tomar una copa de champán de una bandeja.

—Oh, disculpa querida.

—La que tiene que disculparse soy yo, estaba distraída. —Traté de seguir mi camino, pero ella se interpuso.

—Llevas un broche interesante. —Señaló con la mirada el pequeño broche de oro que llevaba prendido junto al hombro y que sujetaba el drapeado de mi vestido de corte griego.

—Oh, lo es. —Estaba por buscar una excusa para continuar mi camino, cuando noté su ceja alzada. El broche le resultaba familiar, y entendí por qué.

Cuando Desiré lo puso allí me dijo que en un evento como este quizás me vendría bien tener una ayuda extra. Según ella, era el emblema de las cazadoras, uno que una hermana del club reconocería sin dudar. Cumpliendo con una de las reglas principales, una hermana ayudaría a otra a conseguir a su hombre.

—¿Piel o trofeo? —preguntó. Conocía la respuesta.

—Piel. —Un trofeo era un premio deseado, el hombre que una cazadora deseaba cazar para quedárselo. La piel no era más que el pellejo que cubría a una alimaña y que había que arrancar para darle

un escarmiento y, a ser posible, extenderla sobre tu salón para pisotearla.

—Bien, estaré por aquí si me necesitas. —Sonrió de forma ladina antes de beber de su copa.

—Gracias. —Uno no rechaza la ayuda cuando se ofrece.

—Por cierto, me llamo María. Dale recuerdos a Desiré. —Si no recordaba mal, una maestra le entregaba a su pupila el broche cuando la creía preparada para salir de caza. Seguro que este broche era el que María le había entregado a Desiré.

—Lo haré. —Me despedí con una sonrisa y con algo más de seguridad en mí misma. Esa noche no estaba sola y no me refería solo a Yumi.

—Planta superior, en la barandilla, junto a la *Naturaleza muerta con manzanas* de Cézanne —informó la voz de Yumi discretamente en mi oído.

—Voy —susurré.

La primera dificultad de la noche era encontrar ese maldito bodegón de Cézanne. Yo no era una licenciada en Historia del Arte como Yumi. Busqué las escaleras para subir a la planta superior y localicé la barandilla. No había mucha gente por allí, solo un par de personas desperdigadas. Aquel era un sitio para escabullirse del barullo de la gente, para huir de la atención que todos buscaban en un evento como este. A un evento como este se venía a dejarse ver y confraternizar, pero estaba claro que para él ese no era el objetivo.

Alcancé a ver a Yumi admirando una enorme escultura muy cerca del hombre, que permanecía ajeno a su presencia, como si nada importase más que la copa de champán que sostenía indolente entre sus dedos y la multitud que se movía en la planta inferior.

Me crucé con ella a mitad de camino. Su rostro parecía algo tenso.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Impresiona más en persona —reconoció con una ligera sonrisa, aunque parecía algo incómoda.

Desvié la mirada hacia el imponente hombre vestido con esmoquin; sí que impresionaba, y más con aquella aura de inalcanzable que parecía acompañarlo.

Sentí la palmada en mi brazo dándome ánimos. Era el momento. Tomé aire y me acerqué decidida hacia mi objetivo.

—¿Jackson Newman? —Él apenas giró el rostro hacia mí, con esa expresión hastiada del que se sabe famoso, y al que el acoso de las fans no le daba un respiro.

—No es un buen momento —trató de excusarse.

—Tal vez no te acuerdas de mí, Jack. Pero me gustaría hablar contigo un minuto, si es posible. —Sus cejas se fruncieron, como si estuviese esforzándose por recordar, o quizás sintiese un pequeño atisbo de curiosidad.

—¿Tendría que recordarte? —Ese truco lo habrían utilizado más de una vez con él. Es lo que tiene ser el famoso running back de los New York Giants, la estrella de las dos últimas temporadas.

—Soy Didi, la compañera de habitación de Diana Johnson en Columbia. —Su ceño se acentuó, como si realmente estuviese rebuscando entre sus recuerdos.

—¿Didi? —Algo debió abrirse paso en su memoria, porque sus cejas se alzaron sorprendidas. Ahora sí, parecía que me había reconocido —. ¡Vaya!, Didi. Sí que has cambiado. —Le sonreí conciliadora.

—El tiempo pasa para todos. —Era evidente que él también había cambiado en estos más de tres años desde la última vez que nos habíamos visto.

—¿Y qué te ha traído aquí? ¿De qué quieres hablarme? —Bien, ahora estaba receptivo.

—¿Recuerdas a mi exnovio, Ray? —Su mandíbula se tensó al escuchar su nombre y sabía perfectamente por qué.

Hacía algunas semanas que alguien sorprendió a Diana y a Ray en actitud cariñosa saliendo de un hotel. Las redes sociales echaron humo con aquella noticia. Por su gesto, estaba claro que Jack todavía no lo había digerido del todo. Las rupturas, de aquella manera, eran muy dolorosas. Y, además, si el pobre no tuviese suficiente con la traición de su novia, los comentarios que llegaron le descubrieron que la traición venía de lejos, y él había sido un cornudo ignorante todo ese tiempo. Sabía perfectamente cómo se sentía.

—Sí —dijo con tono cortante y seco.

—Pues voy a destruirlo, y me gustaría contar contigo para hacerlo. —Sus cejas se volvieron a elevar, sorprendidas.

—¿Y qué podría hacer yo para ayudarte?

—Deja que sea yo la que negocie tu renovación con los Giants. Sé que te gusta el equipo y el entrenador, aunque no tanto la gente que te hizo firmar esa mierda de contrato con el que estás perdiendo dinero. —Pude notar el gesto de contrariedad que hizo con sus labios. Había acertado con todo.

—Todavía me queda una temporada de contrato. —Como si no lo supiera.

—Ahora es cuando ellos harán todo lo posible por atarte con otro contrato, porque cuando el vigente expire, saben que no podrán retenerte. Por eso es un buen momento para negociar, para obtener lo que quieres.

—¿Y tú me lo vas a conseguir? —preguntó con una sonrisa triste.

—Dennise Legrand siempre consigue lo mejor para su cliente. —Sus cejas se alzaron nuevamente, solo que esta vez su sorpresa fue reemplazada por una sonrisa depredadora. Había oído hablar de mí, estaba segura.

—Creo entonces que estaré encantado de que trabajemos juntos. —Me tendió la mano para que nos la estrechásemos, cerrando el trato —. Estoy seguro de que cuidarás de mis intereses.

—Un momento. —Un hombre estaba llegando hasta nosotros con una pequeña carrera, un hombre que no reconocí hasta que estuvo lo suficientemente cerca, uno cuyos ojos acusatorios estaban sobre mí, pero que no provocó miedo en mi persona, sino un extraño cosquilleo en mi estómago. ¿Precisamente tenían que aparecer las malditas mariposas en este momento? ¿Con él?

Si quieres conocer cómo sigue la historia, tendrás que descubrirlas en La graduada*. Didi tendrá que cobrarse su presa si quiere convertirse en una cazadora.*

Disponible en Amazon Julio 2026

Sobre la autora

Iris Boo vive en el norte de España, donde escribe historias románticas desde que no pudo contenerlas en su cabeza. Suyas son también las series "**Préstame**", "**Vasiliev Origins**", "**Legacy**", "**Hospital Altare**" y "**Devil's Unit"**.

También ha tocado otros géneros como la fantasía con la serie **"Elementos**", la ciencia ficción con las series **"Estrella Errante**" y "**Merodeadores**", y la dark romántasy con la serie "**Haunted Assassins"**.

Puedes descubrir todas estas y más historias en **Amazon, Inkspired, Wattpad** y en su web **www.irisboo.es**.